

Tierra de nadie



AMIN MICELLI



Fotografía: Tania María Rodríguez

Amos Menilla

Nació en Chezoconcutla de Espinosa en 1960. Narrador y poeta. Sociólogo de formación, realizó estudios de maestría y doctorado en filosofía y en ciencias de la conducta. Es docente e investigador de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. Ha publicado *Palabra del tiempo*, *Cármemente*, *Cinco gotas de sangre*, *Shula* y *La carpa imaginaria*. Ha sido antologado en *Árbol de muchos pájamos*, *Antología de poetas chiapanecos del siglo XX* y en *De lo literario a lo íntimo*. *Un gesto de la lucha armada de Chiapas* (1974, 1970).

111
 112
 113
 114
 115
 116
 117
 118
 119
 120
 121
 122
 123
 124
 125
 126
 127
 128
 129
 130
 131
 132
 133
 134
 135
 136
 137
 138
 139
 140
 141
 142
 143
 144
 145
 146
 147
 148
 149
 150
 151
 152
 153
 154
 155
 156
 157
 158
 159
 160
 161
 162
 163
 164
 165
 166
 167
 168
 169
 170
 171
 172
 173
 174
 175
 176
 177
 178
 179
 180
 181
 182
 183
 184
 185
 186
 187
 188
 189
 190
 191
 192
 193
 194
 195
 196
 197
 198
 199
 200

Tierra de nadie

69

la verde
 BIBLIOTECA
 CHIAPAS
 ESPIGA



ALVARADO, A.

AMÍN MICELLI

CH
863M
T5+
2015

Micelli, Amín

Tierra de nadie / Amín Micelli. — 2a. ed. — Tuxtla Gutiérrez,
Chiapas, México : CONECLITA, 2015.

93 p. : 21 cm. — (Colección Biblioteca Chiapas. Serie La verde
espiaga : 69)

ISBN 978-607-8426-75-1

1. NOVELA MEXICANA — CHIAPAS 2. PRESAS HIDROELECTRI-
CAS — MÉXICO — CHIAPAS — NOVELA 3. LITERATURA MEXICANA
— CHIAPAS.

Tierra de nadie



Primera edición: Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, 2004.
Segunda edición: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2008.

© AMÍN MICELLI

D. R. © 2015

Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, Boulevard Ángel Albino
Corzo 2151, Fracc. San Roque, 29040, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

publicaciones@conecultachiapas.gob.mx

ISBN: 978-607-8426-75-1

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

CONACULTA

CONECLITA
CHIAPAS



CHIAPAS
VIVIMOS UNO

Mi profundo agradecimiento a mis mentores
Eustaquio Rodríguez Maza,
Emma Morales Espinosa
y Jorge Maza Pascacio.

Prólogo

La literatura sigue siendo la vía del espíritu abierto para contar las historias ocultas de una comunidad con las luces y sombras de la naturaleza humana. Es el grito que permite que escuchemos a las voces perdidas en el tiempo y que asoman en la ficción para decirnos lo grotesco de la realidad que está muy cerca de nosotros, que nos rodeó, nos rodea y, lo más patético: nos sigue cubriendo en un juego perverso e interminable de impunidades.

Tierra de nadie, de Amin Micelli, así nos lo dice en esta historia de historias que se entrelazan con singular acierto, con una prosa sólida, sin artilugios, y nos permite involucramos en los pasos perdidos —diría Carpenter— de vidas paralelas a quienes une un factor común: la tierra y el origen oscuro, y en donde el paisaje selvático, como en el mejor José Eustasio Rivera en *La vorágine*, se asume actor principal que vigila las pasiones desbordadas de los personajes.

Cierto es que quien escribe una novela decide en dónde se utilizan elementos de vocación histórica, cualquiera que sea su objeto, y afronta los riesgos de suponer realidad donde sólo hay espejismos e ilusiones; adolece de la refracción en la mente de aquellos fragmentarios momentos del propio devenir, sufre del infructuoso afán de aprehender el verde impulso vital de que hablara el poeta con las grises redes de la teoría.

Amin Micelli se salva y evita la cómoda tendencia de invertir la perspectiva y explicar el pasado por el presente por el sólo prurito de alcanzar la mayor objetividad posible.

Tierra de nadie nos acerca a temas escabrosos que nos recuerdan al bíblico Lot y el incesto o la iniciación sexual de violentada circunstancia. Micelli nos lleva de la mano para conocer todas las motivaciones, los resortes interiores que mueven a los miembros de la comunidad protagonista hacia la incomunicación, la soledad, la autodestrucción. "Técnica impresionista de llevar al lector más allá de la verdad objetiva, que no se detiene en las superficies ni pretende explicar totalmente los fenómenos".

Tierra de nadie es también la angustia desoladora frente al paraíso que se pierde. Es un yo acusado ante los abusos del poder. Una crítica a la confusa idea de modernidad. El contrapunto entre barbarie y civilización y el paralelismo entre ambos: raíz de un mismo tronco de violencia que se hermana en la trasgresión. En tierra de nadie los personajes están parados a espaldas del abismo, circunstancias que esquivan colocando barreras entre ellos, o entre ellos y la realidad.

Tierra de nadie nos trae, finalmente, una temática cercana a nosotros: la construcción de las presas hidroeléctricas y su cauda de tragedias anónimas. El río Grigalva, con su caudal de indiferencia, es testigo mudo, ataúd para las víctimas de la represión y panteón de los que quedaron más abajo de sus aguas profundas y entre las brechas de un paisaje desolado. Mientras tanto, y como siempre, el lector tiene la palabra.

ÓSCAR PALACIOS

Las MAÑANAS ERAN LLUVIOSAS. En la ribera se despertaba con los rayos del sol entrelazados con abundantes gotas cristalinas, en un ambiente grisáceo que invitaba a sus moradores a iniciar el día con una taza de café, acompañados del tintineo de las láminas que cubrían el techo mezclado entre linos y hojas secas que daban origen a un concierto de naturaleza viva.

Remotamente aparecía un arriero que hacía su mejor esfuerzo por tratar de llegar al primer mesón para guarecerse del mal tiempo, mientras se endurecían los caminos cubiertos de lodo, para poder continuar su viaje entre estirones y jalones de bestias mulares hasta los pueblos lejanos donde vendía sus mercancías.

Mi hermano y yo veíamos a través de la ventana cómo se formaban las pequeñas corrientes de agua en las veredas solitarias, se unían en el patio para luego dirigirse a la barranca donde provocaban sonidos turbulentos. Los virrientes reventaban y la humedad penetraba las entrañas de la tierra. Luego venía el murmullo de las aguas saltarinas, el croar de las ranas y los sapos.

Allí estábamos, cuidando de no mojar la ropa que siempre oía a humedad. Nos divertía escuchar la voz de las hojas, el sus... de los vientos que luego desplomaban nubes provocando nuevas tempestades.

Mi padre era de compleción delgada, piel blanca, manos magras y semblante de buen amigo. Montaba el turcón a

tropel para arrear las vacas hacia el corral entre chiflidos; parvadas de codornices salían a su paso mientras saboreaba el humo de un cigarro. Ya en el establo, se sentaba en su pequeño banco de madera, con su capa ahulada y el sombrero de paja que no dejaba de escurrir. Les exprimía las ubres a Yesenia, la Pajarita, la Holandesa..., hasta terminar con la Cachuda. Era el inicio de sus labores y no paraba sino avanzada la tarde.

La vida era difícil en la tierra de nadie, ahí se engendraba a los hijos con la dureza de los malos tiempos, entre relámpagos, lluvias torrenciales, el frío de las madrugadas o el sofocante calor de las tardes. Las mujeres preñadas trabajaban día y noche, como si nada llevaran en el vientre, hasta que se presentaban los dolores del parto.

Los recién nacidos muy pronto gustaban el sabor de la tierra; entre el polvo y la humedad aprendían a arrastrarse para dar los primeros pasos que los convertían en arrieros de las montañas.

Niños y ancianos realizaban actividades específicas. Los mayores movían la rueca mientras tomaban el sol de mediodía; ésta, con el impulso de los brazos cansados, retorcia las hebras del maguey formando largos mecate; otros curtian pieles con hierbas amargas en estanques malolientes. Los pequeños se encargaban de llevar el agua a las casas en barriles equilibrados con una vara en el hombro.

A diferencia de otros padres, los nuestros nos hacían trabajar, pero no veían en nosotros a sus peones o jornaleros, se trataba de aprender a ganarse la vida. Había que estar de pie muy temprano; cuidábamos la caldera a fuego lento, mientras se atizaban los troncos húmedos para después tomar

leche espumosa y caliente. Luego íbamos a recolectar los huevos del gallinero hasta llenar la cesta.

A las doce del día dejaba de llover; las horas siguientes las aprovechábamos para ir por las perdices atrapadas en los garlos o a buscar caracoles debajo de las piedras del río. La naturaleza era pródiga, los alimentos estaban cerca. Eso sí, teníamos que andar cuidándonos de los ribereños caros manchados, quienes por simples motivos estaban dispuestos a arrojarnos el machete a quien no les cayera en gracia.

Así pasábamos los días en medio de la selva, entre el canto de las chachalacas y uno que otro rugido de tigre que bajaba a saciar su sed por las noches y de paso se llevaba al mejor becerro.

Vivíamos distantes de la capital, alejados de la mano de Dios, en un rincón selvático donde sólo podíamos comunicarnos a través de las veredas y de las corrientes del río grande. A la tierra de nadie se le llamaba Malpaso, por sus caminos pantanosos, pequeñas brechas cascajosas y sus montañas inseguras, perdedizas, donde no era posible transitar todo el año. Es por eso que sólo algunos adultos conocían la ciudad, privilegio de arrieros conocedores de la región, que se encargaban de comprar y vender los productos más indispensables. La mayoría de los habitantes de la ribera nacían y morían pegados a la tierra de nadie, con la creencia de que todo era igual; el mundo empezaba y terminaba a la orilla del Grijalva.

Una vez al año, llegaba el representante del gobierno a cobrar los impuestos. Es de imaginarse la pobreza en que nos dejaba; se llevaba el poco dinero ahorrado durante doce meses, cargaba sus mulas con el mejor cacao y café para

completar, según él, su sueldo de fiscal. Ahí se iban las re-cuas en filas interminables; se llevaban las ganancias convertidas en esperanzas vanas.

Quechula se veía a lo lejos, con sus veinte casas de madera y su iglesia de altas torres, con sus sonoras campanas que anunciaban el alba, el mediodía y el ocaso a leguas de distancia.

Era un pueblo de gente acostumbrada a vencer las aguas caudalosas, todos manchados de la piel por el mal del pinto. Apenas si se convertían en adultos y la tiña les brotaba por los poros hasta formar pequeñas islas en sus cuerpos. Nadie era extraño en el pueblo, era una comunidad de pintos. Ahí los rostros se median por las rayas blancas que llevaban alrededor de los ojos, de la boca, en las orejas... También ellos tenían sus estereotipos: mujeres hermosas, cebras de las montañas, figuras establecidas y aceptadas sin preguntar su origen, sino la claridad de sus tatuajes; hombres y mujeres que mezclaban sus rayas y se sentían diferentes. Siempre fueron diferentes.

Los riberños eran altivos y soberbios, defensivos y agresivos por naturaleza. Auténticos, dignos de sí mismos, de su raza y de sus tradiciones, con amplio sentido comunitario. Cuando nacía un nuevo miembro, acudían las mujeres a la casa de la parturienta, todas con la cabeza cubierta por un lienzo. Le llevaban regalos: gallinas, guajolotes, cera negra de colmena para curar el ombligo del pichi, utensilios de cocina, pañales hechos de trapos viejos, pozol de tasiagua para la abundancia de la leche, así como las yerbas de olor para curar los cólicos. Lo mismo sucedía en el trabajo agrícola. Los hombres compartían sus fuerzas apoyándose con

jornales; sudaban hasta el cansancio y si la cosecha era mala se compartían los granos, y si les iba bien los rostros sonreían. Los zozques nacían, trabajaban, bailaban y lloraban a sus muertos juntos. Apenas si se enteraban del mundo exterior, pero, eso sí, tenían olfato, vista, tacto y mucho corazón. Tenían sentido común, sabían vivir.

•

Al sureste del rancho La Gloria se ubicaba Zacate Largo. Ahí vivían las hijas de Othilano, el Grande, próspero cafetalero de la región, quien con sus seis hijas acudía una vez al año a las tierras repateacas a entregar la producción de café a los güeros. Estos se encargaban de exportarlo a la república de Alemania, a través del río grande, hasta llegar a Puerto Paraiso, Tabasco, donde se embarcaban para zarpar a las aguas del Golfo. Eran filas y más filas de las mulas cargadas del aromático grano. Las seis mujeres, con su porte de hembras "amachadas", arreaban el bato a gritos y chifidos que no había hombre alguno capaz de atreverse a medirles las espuelas.

Se rumoreaba que Othilano llegó del norte del país huyendo de los revolucionarios, con quienes tenía cuentas pendientes, y éstos se la querían cobrar a como diera lugar. Seguridad del dictador Victoriano Huerta, militar de grado, su fama de sanguinario corrió de pueblo en pueblo hasta que no hubo lugar exento de rencor hacia tal personaje. Por eso Othilano llegó con la cola entre las patas en 1916. Estableció sus reales en el centro de la selva, tomando a una nativa como mujer, con quien procreó a sus dos hijas mayores: Perla y Engracia.

Eran unas adolescentes y abusaba de ellas. Les acariciaba sus pequeños senos, las nalgueaba y en sus ojos dejaba ver sus deseos malsanos. No conocía el pudor elemental del padre hacia las hijas; si quería orinar se sacaba el miembro y desaguaba en presencia de ellas. A la hora del baño, no hacía lo acostumbrado por los varones ribereños, quienes acudían a los arroyos cercanos al río grande a nadar entre chiflidos, albures y clavados desde las ramas más altas de los amates, o ya de plano utilizaban a las burras para desahogar sus apetitos sexuales. A Othilano le gustaba que sus hijas lo bañaran en medio de la casa, como si fuera un pequeño de pocos meses. En una batea de roble se acomodaba para que estas le tallaran todo el cuerpo; al terminar lo cubrían con sábanas blancas y se lo llevaban al cuarto donde permanecían con él durante varias horas.

Tiempo después, la casa de lamina de Zacate Largo se rodeó de pequeñas chozas habitadas por nativas jóvenes que acudían al rancho para servirle a Othilano por temporadas. Las intercambiaba con sus padres por cualquier regalo o a cambio de las deudas contraídas años atrás. Las traían sus madres a conocer los placeres del norreño; llegaban tiernas y salían desfloradas cuando bien les iba; si no, se las llevaban bien panzonas y el compromiso estaba saldado.

La familia creció, a Petrona y Engracia se les sumaron cuatro hermanas menores, hijas de diferentes madres. Muy pronto aprendieron a limpiar los cafetales, a dar de comer a las bestias mulares y atender los placeres incestuosos del padre.

Los ribereños acostumbraban salir una vez al año con sus recuas de mulas a entregar la cosecha. Othilano se hacía acompañar de sus hijas en la travesía de varios días hasta

llegar al pueblo tecpateco. A las muchachas se les presentaba la oportunidad para ir de compras a la tienda del español Joaquino Sánchez Cueto. Ahí se encontraban desde pañuelos de seda pura, telas de percaransa, pantalones de mezcillas, lociones y todo tipo de bisuterías, hasta utensilios domésticos y herramientas para el trabajo del campo. Las jóvenes fascinadas se probaban todo. Se sentían soñadas, olvidaban que eran rancheras. De nada les serviría comprarse vestidos elegantes y sombreros de pluma. Allá en las montañas no se celebraban tertulias o comilonas especiales. En la tierra de nadie únicamente les tallaban los pantalones y las botas. Pero querían sentirse hermosas y hasta se compraban joyas finas.

La tienda de Sánchez Cueto también era el banco y el correo de la región. Por eso las hijas mayores de Othilano, antes de entrar al mundo de la fascinación y de las compras, depositaban el dinero obtenido por la venta del café y enviaban la correspondencia del padre. Joaquino aprovechaba para presentarlas a los chicleros, forasteros que llegaban a las montañas del sur a sacar la goma de los árboles hasta dejarlos raspados y listos para ser derribados. Eran hombres robustos, de buen parecer y de hablar bravo; alebrestaban a las muchachas, quienes se ponían sensuales. El español servía de intermediario para evitar la timidez de las jóvenes y la tosqueidad de los hombres, quienes pasaban días y meses raspando la corteza del hule sin tener contacto con mujer alguna. Era un merolico al improvisar versos y lanzar piropos para que ellas se dejaran querer.

En uno de esos viajes, Petrona y Engracia se volvieron a encontrar con los chicleros. Esta vez no bastaron los versos

de Joaquino, no fue suficiente que se las tiraran entre los costales de granos secos fermentados, mientras el intérprete de arrumacos se acaloraba al ritmo de los amorosos urgidos. Se las llevaron a tropel de corceles, haciendo caso omiso de los gritos de las hermanas menores, confundidas entre las telas y los coloretos.

Así se fueron, en ancas de cuacos, simulando con sus gritos que se iban a la fuerza, pero al salir del pueblo se volvieron más cariñosas y placenteras.

No hubo dolor más fuerte en la vida del norreño que la huida de las hijas mayores. Se llenó de rabia al enterarse. Como un ciclón, se introdujo en la tienda de Joaquino, destruyendo todo y haciendo disparos a diestra y siniestra. Margarita y sus hermanas corrían de un lado a otro tratando de esquivar la cólera del viejo, quien las jalaba de los cabellos, las arrojaba sobre el mostrador y les tronaba el revólver por los pies, entre rollos de tela y un alboroto de todo. Pero nada del tendero: se lo tragó la tierra cuando supo que Othilano se había enterado del rapto.

Los tahúres y los borrachitos se encargaron de divulgar la noticia entre burlas y carcajadas, por lo que salió de la cantina del zorro a cobrar las verdes y las maduras.

*

"Dos palomas al volar / dejaron su palomar / en el olvido / y de tanto rebuscar / no tuvieron que comprar / más que solo dos maridos. / Hoy se puede regresar / con las mulas del corral / para el olvido, / que las hijas de Othilano / ya no fueron a gozar / y a formar un nuevo nido...". Repetían una

y otra vez la misma cantaleta los borrachitos callejeros y se decían a tartajeos:

—Ni modo, Beto, se llevaron a tus hijas los chicleteros, a estirarles el chicle.

—Qué vas hacer, tontón, si te comieron el bobón.

—Nadie sabe pa quién trabaja, viene el gato y se come el queso.

—Dos palomas al volar / dejaron su palomar / en el...

*

Se levantó furioso abandonando su soledad acostumbrada; en un impulso volcánico rompió la botella y la arrojó hiriendo el rostro de uno de los meseros. Salió como rayo a punto de tronar. Los presentes y ausentes se quedaron mudos a esperar el final de la tragedia.

Othilano buscó hasta el cansancio a Joaquino. Desde el penúltimo viaje le quedó el presentimiento de andarle padeciendo a sus hijas y no había otro culpable más que él. Hacía dispuesto a matarlo, a colgarlo, a cortarle los cojones, a recordarle a su madre una y mil veces; pero de que se iba a vengar no había la menor duda, no estaba dispuesto a quedarse pazguato. Lo buscó y lo buscó hasta el hastío... Fue cuando decidió prenderle fuego a la tienda hasta hacerla cenizas, sin dejar rastro de cuanto había en ella.

Los hombres del pueblo, aturridos, justificaban su ira, las mujeres le lanzaban maldiciones y las jovencitas se sentían inquietas por lo sucedido. A la mañana siguiente, los habitantes de Tecpatán despertaron de su marasmo; hasta entonces pudieron comprender todo el daño causado por

Othilano, quien no sólo quemó la tienda, sino que acabó con el banco y la correspondencia.

Las muchachas lloraban por sus cartas amorosas sin respuestas, las señoras suspiraban el pasado escrito en líneas perdidas y los hombres estaban preocupados por la quiebra total del patrimonio familiar.

No fueron suficientes los días de regreso para calmar la cólera de Othilano. Apenas llegó a las montañas con sus mulas fatigadas y las hijas menores cabizbajas, inmediatamente se arrojó sobre la madre de las hijas huidas. Ni siquiera se dio tiempo de estirar el cuerpo: su ira era tal que estaba como un loco, gritaba maldiciones y de un impulso de rabia le disparó en la frente a la bestia de carga más querida; el animal cayó cansado y sediento. Ya en el interior de la casa, sólo se escuchaban gritos y los golpes propinados a la mujer. De pronto, ella empezó a interpelar al hombre ofendido con la voz de sus reclamos acumulados. Le echó en cara su autoritarismo y su vida incestuosa; lo llamó marrano cojudo, perro callejero, garañón... y no pudo soportar por muchas horas su desahogo verbal, así como la pérdida de sus hijas consanguíneas, desplomándose para siempre.

Othilano enterró a su mujer y se encerró en la ribera: no volvió a tierras tecpatecas nunca más. Guardó a sus hijas menores en el servicio doméstico y sepultó el recuerdo de las dos mayores.

Después de muchos años, apenas si se dejaban ver Margarita y sus hermanas. Ya estaban maduras, oían a nafaina. No eran alegres como en otros tiempos y Othilano sólo las sacaba los sábados al pequeño templo protestante ubicado a la orilla del río.

Desde la peor tragedia de su vida, enterró a su amasia y dejó de asistir a las misas dominicales oficiadas por los padres dominicos en la antigua iglesia de Quechula. Tiempo después, se convirtió a la religión que predicaban dos gringos buscadores de objetos arqueológicos.

Hime, uno de los norteamericanos, predicaba la palabra salvadora y presidía los actos litúrgicos acompañado del concierto de los pájaros que salían a revolotear apenas terminaba la lluvia.

Othilano y sus cuatro hijas iniciaron la primera comunidad evangélica de los resucitados. El primer sábado del año, acudieron las solteronas a recibir el bautismo de manos del reverendo, para volver a nacer en la resurrección de los muertos vivientes. Vestían tules transparentes de color morado; las pieles blancas guardadas en el silencio se dejaban ver. Para ese tiempo eran ya frescas mariposas; rayaban en los treinta y tantos. El ritual se inició a la orilla del río. Los varones asistentes vestían túnicas blancas y las damas camisones negros. El pastor de la grey, sumergidos sus pies en las aguas del río, comenzó a invocar con la vista hacia el infinito; luego recorrió con sus largas manos los cuerpos seminudos de las cuatro iniciadas. Por último, éstas inclinaron la cabeza y él les mojó el cabello entre aplausos, risas y salmodias cantadas de alegría.

Mi hermano y yo estuvimos inquietos los días siguientes a la iniciación. Observamos el ritual desde la copa más alta del árbol más cercano. Era una mezcla de apertura espiritual y de erotismo. Bueno, eso nos pareció a nosotros; desconocedores de otra religión que no fuera la practicada en casa, aunque de la imaginación de dos adolescentes puede esperarse todo.

Una de esas tardes fuimos a platicar con Hime a su pequeño templo. Él nos explicó que el bautismo de la resurrección que ellos ejercían tenía múltiples significados: la desnudez de los cuerpos simbolizaba la reproducción de la comunidad religiosa; es decir, que las damas podían ser poseídas para cumplir la máxima de "creced y multiplicaos"; los camisones de tul morado representaban la mujer del pecado que se convirtió en santa, y el agua era la pureza y el inicio a una nueva vida.

Después de algunos años, mi hermano se enteró que las hijas de Othilano habían crecido en la fe y se habían multiplicado como Dios manda; sólo que sus niños eran de rasgos anglosajones y hablaban muy bien el inglés.

Como ya ustedes saben, con el norteño y sus hijas se inició el movimiento protestante en la tierra de nadie, hasta que un día ya todos profesaban la misma fe, guardaban el sábado y se cuidaban de no sé cuántas cosas; pero, eso sí, los demás días de la semana le daban vuelo a la hilacha.

Nos quedamos solos con las creencias de mi madre practicadas por rutina. Alejados del contagio de los gringos, nos fuimos quedando solos. Éramos extraños y rebeldes; padecíamos la enfermedad de los inconvertibles, hijos del mal, idólatras y papistas. Quien no ha vivido esta experiencia no tiene la más mínima idea de cómo se alejan los amigos, los vecinos y hasta los parientes cercanos; uno sólo se conforma con ver derrumbarse las costumbres y sólo se vive para el recuerdo.

Ahí iban los siete dominicos; llevaban la cabeza inclinada hacia el suelo ataviados con sus hábitos oscuros y caminar lento; confundidos con el silencio de las veredas, las ramas

de las ceibas, uno que otro silbido de tucanes y perdices. Sembraron en tierra árida; no había otra cosa que hacer más que emprender la retirada. A la tierra de nadie ya no le importaba la evangelización por medio de los rezos, la veneración de imágenes, las procesiones, así como las tres campanadas que marcaban el horario de los ribereños. Ahora querían algo nuevo, algo que no castigara la conciencia; que los hiciera sentirse independientes. La religión de los resucitados les prometía riquezas materiales por adelantado; es decir, donativos enviados del norte a cada familia una vez convertidos. Sus rituales eran placenteros; empezaba el paraíso prometido desde la tierra. Todos se sentían ángeles y arcángeles; seres diferentes, individuales y escogidos, los predilectos y los únicos que alcanzarían la salvación eterna. Nada los reprimía, no había pecado y sólo ellos vivían en la verdad. Los siete dominicos abandonaron la misión de Quechula, convencidos de haber hecho todo por salvar el catolicismo.

Salimos a la vereda a despedirlos y solicitar la última bendición. De rodillas nos acercamos a ellos y mi madre, a pesar de su dureza de carácter, dejó entrever en sus grandes ojos lágrimas de desolación y desconsuelo. Pidió a fray Victor que rezara a Dios por nosotros, únicos creyentes del catolicismo abandonados a nuestra suerte en la tierra de nadie, que era ya tierra de resucitados.

—Adiós, hijos míos, aléjense del contagio; dejen esta tierra donde impera la ley de las tinieblas. Aquí todo va a cambiar, se secarán los árboles, le saldrán plagas a las semillas antes de germinar, se derribarán peñascos sobre peñascos y no quedará piedra sobre piedra hasta inundar el pueblo de Quechula con las aguas del Grijalva.

Se fueron los misioneros a paso de santos. Sólo los buros rebuznaban al olfatear a las mulas flacas cargadas de las pocas pertenencias de trapos viejos y platos ahumados con olor a santidad.

No volvimos a asistir al templo de Santa María Magdalena de Quechula. De lejos veíamos cómo se fueron enmohecendo sus paredes hasta inundarse por completo.

Pasaron muchos años antes de enterarnos que los misioneros se retiraron de la ribera cumpliendo un acto de obediencia; el arzobispo les ordenó ser los primeros en salir de la tierra de nadie para no contravenir las "buenas" intenciones del gobierno. Fue entonces cuando supimos que los rezos antiguos y las oraciones placenteras de los resucitados servían para lo mismo: "Justificar los intereses supremos terrenales en nombre de Dios". Así se planeó y empezó a operar la única razón que había que tomar en cuenta: construir la hidroeléctrica más grande de Norteamérica en tierra de nadie o, mejor dicho, las tierras que nos heredaron nuestros abuelos y que no pudimos reclamar porque ya estábamos muertos en vida, con tantas alabanzas y el progreso prometido de los resucitados.

La buena nueva de los resucitados y la pobreza de los ribereños se mezclaron en un espejismo grotesco propio de las grandes tragedias. La selva era derribada sin importar sus raíces milenarias; sin más preocupación que el tráfico de maderas preciosas por las aguas del río grande, cuyas ganancias convirtieron en poco tiempo a políticos y rancheiros en los hombres más ricos del sureste. Los pastizales se extendían como mantos de esperanzas vanas, sustituyendo los cultivos de café y cacao. Crecían los hatos ganaderos a la par que se aserraban los árboles y los pájaros, las ardillas e

insectos huían despiadadamente. Era el dinero fresco de la conversión en abundancia, pero también eran sus vicios y la renuncia al futuro, despojados y abandonados sin rumbo.

En poco tiempo, los abigeos crecieron como larvas. Oraban desde la tarde del viernes y mantenían el fervor todo el día sábado, pero a partir del domingo se daban a la búsqueda de las mejores engordas. Ahí ya no importaba la hermandad. Los hatos disminuían considerablemente. Ya no había tranquilidad en las casas y en los potreros. Total, era fácil, ya no había a quien ir a confesar los pecados en la antigua iglesia de Santa María Magdalena de Quechula. Ahora el perdón divino se obtenía directamente, bastaba con arrepentirse y llorar las penas en el templo de los resucitados. La nueva fe todo lo permitía, siempre y cuando se pagaran los diezmos y se aceptara la conquista del progreso. El trabajo individual se convirtió en el principal motivo de sus vidas. Nadie se preguntaba el cómo y el porqué de la noche a la mañana se llenaban los corrales de toretes y lecheras, razón de sobra para calar la conciencia de los ribereños con la nueva fe liberadora. Pero "no tiene la culpa el indio sino quien lo hizo compadre", y es que en eso de la transformación religiosa estaba todo el pasado con sus segregaciones y privilegios burdos, con tanta represión que los llevó a la violencia, por eso los ribereños eran como eran. Bastó la voz de Hime con sus predicaciones para sentirse renacer entre promesas de juegos verbales y paraísos cercanos.

A doña Chonota, la única heredera del patrimonio generacional de los corredores de huéspedes lejanos, ubicados en el costado izquierdo de la iglesia abandonada; le vendían los canales destazados, las vísceras medio lavadas con las

prisas de la noche anterior, para que las distribuyera a más bajo precio entre los mismos ribereños, que se comían sus propias vacas extraviadas en la oscuridad.

—No se olvide, doña Chona —le decía mi padre entre broma y broma cuando pasaba por Quechula—, que tanto peca el que mata la vaca, como el que le detiene la pata. —Ésta respondía a carcajadas.

Uno de esos días, atraído por las palabras fuertes y altisonantes, me acerqué con discreción y pude ver cómo mi padre reprendía a Juan Vaquero, quien había escondido un hato de ganado robado debajo del mújú rumbo a los cafetales. El viejo estaba furioso; se trataba de un ilícito y presentía que en algún pueblo cercano alguien reclamaba sus animales. Lo amenazó con denunciarlo al jefe de distrito y desde ese día prohibió el tránsito por las veredas del rancho.

Los hermanos en la fe de Othilano se disgustaron por el reclamo. Éste los convocó a reuniones secretas para planear los pormenores de nuestra existencia. A pocos días nos enteramos que Othilano era el jefe de la banda de robavacas.

Ya no vivimos en paz, desde ese día la tranquilidad fue cosa añorada. Cortaban las alambradas, las vacas se comían hasta las hojas de plátanos, y en el nombre de los resucitados ahí no pasaba nada. La agresión más fuerte que sufrimos fue el envenenamiento del arroyo de la propiedad. Los becerros y sus madres se quedaban tiesos en el abrevadero; las aves se esmiraban a medio vuelo; hasta los perros dejaron de ladrar y en la casa se tuvo que beber agua de estanques. Cuatro días duró el veneno hasta llenarnos de rabia.

Mi padre, en un arranque de fuego, cargó el rifle que siempre colgaba junto a su cama. Desapavorido, salió rumbo

a Zacate Largo a buscar a Othilano para darle su merecido. Quisimos detenerlo, pero fue imposible, estaba decidido y no había poder alguno para hacerlo cambiar de idea. Su rostro estaba exaltado, de los ojos le salían chispas de venganzas. Era una fiera, iba por su presa.

Salimos corriendo por el camino más corto para tratar de detenerlo; no sentíamos las caídas, saltábamos las barrancas entre espinas, los pies sangrantes. No me explico de dónde sacamos fuerzas para no sentir dolor y subir rápidamente el cerro colindante. Cuando llegamos, era demasiado tarde.

Ahí estaba Othilano, meciéndose en su hamaca de ixtle, reposaba la tarde sin más ruido que sus propios ronquidos. La tranquilidad invadía la casa de láminas; podía soñar con los pájaros, con las ramas de los árboles flotando apenas entrada la tarde; todo era posible, menos la muerte.

Llegó por la tranca principal. A pasos agigantados se introdujo en el cerco, jalando el gatillo que de un tiro en la frente dejó al norteño en el vacío del tiempo. Las hijas de Othilano no reaccionaron al instante; se quedaron mudas al escuchar el disparo; una de ellas se desmayó de la impresión y no volvió hasta que la sangre empezó a extenderse por el corredor, formando pequeños hilos que traspasaron el patio y se alargaron hasta donde lloran las ánimas.

La resonancia de los llantos se quedó en la cañada; ahí Othilano encontró a sus víctimas del pasado. Estaban los colgados de la revolución, con la lengua de fuera, reprochándole su crueldad. Se impulsaban del cuello hasta desgarrar las ramas. Eran muchos y todos conocían muy bien al hombre invencible, compañero del dictador Victoriano Huerta en la Decena Trágica. Ahí la india zoque que no dejaba de

gritarle sus incesantes. Era el tribunal de los muertos, todos lo condenaban interrogantes y poseionados de su papel de víctimas. El norteño se quedó deambulando eternamente en la oscuridad de las veredas, en el reflejo cristalino de las aguas.

Esa noche fue terrible. Cuando la oscuridad cubrió los rincones de los viejos corredores, ya teníamos rodeado el casco del rancho. Mujeres y hombres armados con palos y machetes gritaban embrutecidos. De sus bocas salían maldiciones e injurias en contra de mi padre, dejándonos al descubierto hasta la cuarta generación, sin dejar de tocar las hebras más sensibles de la familia. Cuántas dudas se aclararon en medio del pánico. El coraje es serpiente que envenena con su líquido viscoso, palabras dichas con arranque de desfogue. No se mide la profundidad, el daño irreparable que se ocasiona, sólo se busca la erupción volcánica de la venganza, palabras que no escatimaban el pasado para sacar a los cuatro vientos las líneas de nuestra historia, escondida en el interior, muy adentro, como un tesoro sucio del cual no queremos acordarnos. Mi hermano y yo no tuvimos tiempo de pensar en los gritos huracanados del árbol generacional, pero la fatalidad del inconsciente grabó en nuestras mentes los hechos pronunciados, para sacarlos a relucir después del temor y el miedo. Desde entonces, nos sentimos más completos, más humanos, sabíamos que estábamos hechos de la misma pasta que las otras familias. Teníamos nuestro cúmulo de circunstancias, y este hecho nos permitía ser alguien en la tierra de nadie. Gracias al zafarrancho supimos nuestro pasado.

Las llamas se extendían en los poteros. Era el infierno de las creencias hechas realidad. Tronaba el pastizal lanzando

chispas en su avanzada destructora, sin darle tiempo a los animales de monte, a las lagartijas y aves de echarse un vuelo o un salto de salvame la vida.

La hora de la muerte estaba cerca. Se escuchaba en el llanto desesperado de mi hermana. Podíamos verlo en el rostro profundo y pálido de mi padre, en los rezos de agonía y el Yo pecador de mi madre. Es imposible explicar lo que sentimos. El calor sofocante se acercaba más y más a la casa de madera. Escuchábamos los párrafos bíblicos memorizados por los fanáticos, quienes imploraban a gritos el castigo divino. Desde una rendija los veíamos llorar y rasgarse las vestiduras. El olor a resina de ocote llegó hasta nosotros en pequeños hilos de humo filtrados debajo de las puertas, producidos por las antorchas de los resucitados. Poco a poco nos íbamos ahogando. Ya nada se podía hacer. Nos encontramos más cerca de la otra vida. Pero mi padre, en un impulso de sobrevivencia, se incorporó bruscamente, corrió hacia mi madre, que todavía rezaba entre tosidos irritantes, le pidió su bendición y en un salto de desesperado abrió la puerta de par en par y llegó hasta el patio central de la casa.

—Malpaseños, aquí estoy! Me buscaban, aquí me tienen decidido a satisfacer la ira satánica que los invade. Sí, yo monte a Othliano, el Grande, y si he de pagar mi crimen cuentan conmigo la venganza más cruel en nombre de su dios y de sus fechorías. No les ha bastado con matar mis animales, quemar mis poteros y envenenarme la vida con tanta maldad; pues actúen de una vez por todas si hasta ahí llega la fe que profesan. De qué les sirve leer todos los sábados las tablas de Moisés: "No matarás, no robarás", y ustedes traían de matarnos de pensamiento y de cuerpo. Han acabado

con mis bienes y no les importa la vida de mis hijos y de mi esposa. Acaben de una vez, hijos del mal.

Se paralizaron como estatuas de piedra; emmudecieron mientras se miraban unos a otros. Así pasaron varios minutos hasta que decidieron retirarse con sus rostros agachados, plejos y desorientados. En ese instante empezó a llover. El ruido de los rayos sacudía la casa y las lluvias torrenciales pronto apagaron las llamas que amenazaban en convertir el rancho La Gloria en un infierno. Desapareció la agresividad por un milagro. Llegó la calma y a mi madre postrada en tierra le invadía el llanto mientras daba gracias al cielo e invocaba a los frailes dominicos, a quienes se encomendaba todas las mañanas desde que éstos abandonaron la misión de Santa María Magdalena. Lo ocurrido era un verdadero milagro, la muerte tocó el umbral de la casa y, de no ser por los rezos de desesperación y el valor de mi padre, no lo estaría contando. El viejo, acalorado y nervioso, nos abrazaba, y en sus mejillas corrían gruesas lágrimas. Los resucitados se fueron a continuar su tarea evangélica, nunca más volvieron a confrontarse con nosotros.

*

El temporal se prolongó hasta convertir en crecientes los afluentes del Grijalva. Arrasaban con todo, se llevaban los cultivos, las casas y los árboles con sus largas raíces; los rjoflares en flor se convertían en ilusiones vanas. Cuarenta días fueron suficientes para inundar toda la ribera. Del templo de los resucitados sólo quedaron sus cimientos.

Quechula se convirtió en una Venecia rural por donde se veían salir canoas remadas por mujeres y niños, las mismas

que lentamente, al paso de los meses, fueron encallando en el terreno fangoso de la desolación.

Esa fue la primera señal del presagio; después nos quedamos sin alimentos, hasta llegar a la hambruna colectiva. Los moccos aumentaban con sus piquetes día y noche, pronto familias completas enfermaban de altas temperaturas. Decían las personas mayores que había llegado la fiebre de la malaria, otras que era pulmonía raquítica; luego nos enteramos que el paludismo, unido a la hambruna, era el causante de los muertos que iban a parar a la fosa común.

Comíamos raíces y hojas de los pocos árboles que permanecían de pie. Las fuertes corrientes se llevaron los caracoles y los animales ahogados despedían olores fétidos por todas partes. En la casa mi madre y mis hermanas se ingeniaban para darnos de comer. La realidad se presentaba más difícil, desde antes de las lluvias nos habíamos quedado sin nada gracias al fanatismo de los resucitados, pero siempre nos acompañó la fuerza de voluntad. Aprendimos a comer lechuguillas amargas, yerbas de monte y tantas cosas desconocidas, se trataba de medio comer y sobrevivir.

Mi padre se dio a la tarea de curar a los ribereños. Sala muy de madrugada y no regresaba sino hasta entrada la noche; cansado de tantas frotaciones y masajes con sebo que daba a los palúdicos, a su empuño entender. A pesar del esfuerzo, no había poder alguno que desterrara esa maldita enfermedad.

Pascuala era la nana de todos. Estábamos acostumbrados a su carácter, a su buena sazón... Realmente la queríamos como un miembro más de la familia, siempre metida en los quehaceres domésticos y al cuidado de los mínimos detalles.

Su estima hacia la familia era muy grande, nunca confrontó sus inclinaciones religiosas resucitadas con las nuestras. No necesitábamos hablar de religión para quererla y que ella nos quisiera; a pesar de nuestra situación en ruinas, ni siquiera teníamos animales para pagarle, ella permanecía las horas de los días en la cocina o en el arreglo de la casa.

Habían pasado ya tres días y Pascuala no se presentaba al rancho. Estábamos preocupados, nerviosos, los minutos se llenaron de presentimientos. Desde que enviudó, hacía ya cinco años, luchaba por sobrevivir con sus tres hijos, quienes andaban entre los ocho y cuatro años de edad. El marido la dejó preñada del último el mismo día, hora, minutos y segundos de su muerte. Muirió de un infarto repentino, decían los vecinos, en el mismo momento de la concepción. Lo cierto es que esta pobre mujer trabajaba en el rancho y lavaba la ropa de otras familias en las piedras del río hasta altas horas de la noche para tratar de complementar el alimento de sus hijos.

Esa misma tarde la fuimos a buscar. Ahí la encontramos, tirada en el suelo de su jacal, bien tesa y estirada, ya en la otra vida. Sus asustados hijos no hacían más que llorar. Mi padre llamó a los vecinos y entre todos excavaron la fosa donde dimos cristiana sepultura a la bondadosa mujer, quien ya expedía olores fétidos, entre rezos católicos y cánticos resucitados.

Desde esa fecha sus hijos vinieron a vivir con nosotros: Pedro, Agustín y Anastasio; mucho antes habían recibido el bautismo de los resucitados. Fue por eso que apenas si entraron a la casa, mi madre los bautizó en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Yo me quedé con el recuerdo de las mecedoras en el pequeño corredor de los geranios, donde mi madre y Pascuala gustaban sentarse, entrada la tarde, a hilar los bordados y zurcir los pantalones rotos.

La peste continuó sus estragos: diariamente eran enterradas en la fosa común decenas de niños, adultos, ancianos, hombres y mujeres. No había tiempo para llorarlos, mucho menos para darles cristiana sepultura. Quechula y toda la ribera se iban quedando sin habitantes. Hasta los perros morían de fiebre y de hambre.

Después de dos meses llegaron los fumigadores del paludismo. Llegaron demasiado tarde. Con sus bombas al hombro llegaron, con sus olores y ese espíritu de conquistadores, pero ya habían pocas personas.

Rociaban las casas de un blanco calizo; con sólo el olor, los gatos y las pocas gallinas se desplomaban borrachos y perdidos en el veneno.

AHI FUE DONDE CONSIGUIÓ su peor es nada. Entre fumigada y fumigada le fue dorando la pildora, le fue despertando el deseo, y ésta se fue dejando querer, hasta que se la llevó a los matorrales, a la orilla del río, sin darle tiempo a pensar. El piso aún estaba fangoso, lleno de charcas, lodo y aguas turbias. Así fue como Rosendo, el fumigador de la Secretaría de Salud, se aprovechó de Macaria para que se le olvidaran sus penas y le diera paso al gusto de sentirse poseída.

Macaria no sabía qué le esperaba, pero estaba bien soñadora. Sentía cosquillas por todo el cuerpo. De sus labios salían gemidos de hembra en celo, de mujer completa. Pero un impulso de animal violento la hizo sentirse penetrada por las fibras más íntimas del hombre corpulento. Se quedó rígida y fría. Después, confundida entre el dolor y el placer, no sabía si abrazarlo con todas sus fuerzas o desechar su cuerpo rudo, propio de varón desarrollado. Ya no tuvo tiempo de resistirse, Rosendo estaba adentro de su ser, pero sus caricias y palabras hicieron que le brotara lo querendona. El romance continuó los días siguientes, hasta que se fueron de pueblo en pueblo, rociando y amándose.

Después de un año, la hambruna era cada vez más aguda. La tierra empezó a agrietarse hasta hacerse cascajosa. Las raíces se convertían en polvo y los tallos sólo servían de comida para los roedores. La desesperación había llegado, provocaba la emigración hacia suelos desconocidos, hacia rumbos sin final para algunas familias perdidas en la soledad de los caminos. Las viudas iniciaron el éxodo: ahí iban con la fila de

niños, uno en el hombro y otro en el vientre, en busca de otras tierras, quizá la tierra prometida a la que nunca llegarían.

Quechula era la tierra de la desolación, sin piedad desechaba a sus hijos. En otro tiempo había sido la región cacahotera y cafetalera por excelencia; para esos tiempos, apenas si era la barranca honda del río grande, con su pequeño hilo de agua en la profundidad de la sima.

Para llegar al pueblo más cercano había que caminar tres días con dos noches en veredas, soportando insolación y todo tipo de calamidades. Muchos murieron en el camino, deshidratados, por piquetes de viboras o por hambre.

Apenas si caminaba entre alucinaciones y rasgaduras en la piel provocadas por la deshidratación. Era un guñapo muerto en vida. Llevaba a ras tras a Teresa, su mujer. Sobre su hombro cargaba a Cristóbal, su hijo más pequeño, quien había inclinado su cabeza desde mediodía. No tenía movimiento, iba todo tieso, sin respirar; pero Mariano lo arrullaba desde sus instintos de padre, desde sus ansias de vivir confundido en su locura, para luego perderse en el delirio de palabras y de imágenes míticas, de conquistas quijotesacas y del más allá.

Después de varios días de caminar ya no supo donde se quedaron sus tres hijos mayores. Sólo recordaba en minutos de lucidez los llantos infantiles suplicantes al darse cuenta que estaban abandonados en las veredas o en los cruces de los caminos. Pero Mariano y Teresa no sabían de sus vidas, si soñaban o purgaban su pasado, tan sólo trataban de caminar a más no poder.

Mariano hablaba de vientos lejanos, de hombres encantados por el cachudo, a quien entregaron sus almas por la ambición y el poder:

— Ahí está Bulmaro, las Moyas y los Paredes; llevan sombreros plateados, cinturones relumbrosos. Están vestidos con trajes negros y botones de oro. Mira, mujer, las huellitas de la Virgen. Ahí está la santísima, la pequeñita, la morenita de Asunción. Ella tiene pacto con estos ricos avarientos; ella los alimenta con oro. Pero qué le vamos a hacer si así lo quiere nuestra madre. Ella sabe por qué nosotros somos desgraciados y ellos venturosos. Así lo quiere la madre, así lo quiere el Padre Eterno, a nosotros sólo nos toca obedecer como mansos y humildes corderos. Quién sabe el mal que estamos pagando en esta vida. Dicen por ahí que no hay mal que por bien no venga. Verdad, Teresa; verdad que tú fuiste una reina, reina de tus vasallos. Si te gustaban los collares, los vinos y las fiestas, te gustaba el cortejo y a escondidas te gustaba el cachondeo. Bien puta que eras, por eso estás pagando tus culpas, por eso de tunda te sirven los collares. Por eso no puedes ver a la Virgencita. Mira cómo se somñé, cómo me pide al chamaco.

Mariano en su alucinación veía fantasmas con su propia sombra. El pequeño Cristóbal ya estaba muerto y Teresa habebaba como perra. Ya no eran ellos, era la desesperación, la impotencia ante lo imposible, el cansancio y el hambre. El exodo de una generación desamparada, la transición de un pueblo en agonía.

Muy pocos llegaron al destino incierto para formar la primera comunidad de locos en los caminos torcidos de Dios. Así llegaron al cerrito del pueblo de los arrieros: Adela Meca, la Binsa, Matildita, Caché, Emilio Garrafón, Julián Corzo, Juan Nepomuceno, Juan Quicho, Chabel Sartén, tío Meche, la Morrisqueta, tía Cachucha, Lolo Picot y tantos personajes que transformaron la vida del pueblo de los tres arroyos con

sus alucinaciones, su filosofía práctica que dibujaba una realidad pintoresca, a tiempo que enseñaban la miseria y la desigualdad con el sarcasmo de privilegios añorados.

A las diez de la mañana de todos los días se reunía el círculo de filósofos del cerro a deshilar los acontecimientos entre sueños de esperanzas, hambre eterna y mucha algarabía, que los hacía distintos del común de los pueblenos, quienes por el solo hecho de serlo se sentían privilegiados, se inventaban clases sociales, abolengos nunca vistos en la tierra de los arrieros, un orgullo pestilente entre espejos ingratos que callaron el verdadero origen de sus frustraciones.

Los personajes de la desolación se sentaban en la banqueta del viejo caserón que albergaba el mercado público a escuchar la armónica de Julián Corzo, con su música que imitaba a los propios pájaros de las montañas. Estaban medabundos durante el concierto matutino, hasta darse cuenta que a su alrededor se formaba una valla de mirones, quienes los observaban de pies a cabeza y se entretenían con el instrumento de viento. En esos momentos de hábito divino los lumpentilósofos se sentían admirados por las damas de las familias más importantes, quienes acudían a realizar las compras del día acompañadas de sus hijos menores, así como por cualquier alma que se asomara para olvidarse un poco de sus penas y preocupaciones.

Se sentían útiles, llenos de esperanzas y de recuerdos que asomaban a sus mentes como rayos y luego se perdían en la confusión de sus ideas. En sus rostros, a pesar del hambre, se reflejaba un aire de alegría y de tranquilidad que sólo puede dar el sentirse humano. Matilde, incorporándose, ordenaba que le tocaran su música favorita, y su cuerpo se le alborotaba:

—Juancho, tocame vos *La Marcha*.

Julián Corzo, presto, empezaba a interpretar el zapateado alegre. Los otros integrantes se apoderaban de latas, pedazos de madera o sonaban sus palmas para integrar la orquesta. Matilde danzaba entre brincos medio cortados, alzaba su enagua para enseñar sus torneadas piernas. Se sentía paloma en pleno vuelo o venada en celo. Todos los mirones le chiflaban y las ventoras se retiraban cubriéndole los ojos a sus pequeños hijos, quienes se mostraban inquietos con las piernas y los vellos que se le asomaban a la bailarina del tiempo. Los jóvenes y maduros lanzaban leperadas que a Matilde, en su locura e instinto de mujer, le asentaban bien. Se cogían los cojones a dos manos y se los ofrecían; le pedían que se subiera las enaguas hasta la cintura... Y ésta reaccionaba instintivamente. Hasta que salían las placeras a correrla a jironmatazos, entre habladuras y maldiciones.

—Pinches viejas enmascaradas —decía Matilde—. Si bien que tragan huevo como todas, pero se hacen de la boca chica. Bien guangas que están las cabronas...

Y se iban los músicos filósofos a vagabundear por las calles. Cache se apartaba con su carreta de cargador y Emilio Carratón se iba a pedir limosnas de casa en casa, para comprar su pachita de aguardiente. Nadie sabía de donde eran, si existía la tierra de nadie o eran su prolongación.

*

Permanecemos en el rancho. Aguantamos el mal tiempo, hasta que vimos cómo los árboles empezaron a echar retoños; de los manantiales empezó a brotar el agua y los pájaros cantaron de nuevo.

Éramos pocos los ribereños, pequeños núcleos familiares abandonados en las montañas a la buena de Dios. Tratábamos de reconstruir la vida, de volver a sentir la esperanza para que la tierra de nadie volviera a florecer. Para ello trabajamos día y noche.

*

Era domingo primero de mayo. Cada mes acudía toda la familia al templo de Quechula, más por rutina que por devoción. El campanario y las paredes estaban en ruinas, despostilladas y emmohecidas por la resequeidad y las lluvias recientes que se encargaban de abrir más las grietas. Crecían los espinos en su interior, entre imágenes de santos mutilados. De la Magdalena y del Cristo Negro sólo quedaban sus cenizas en el centro de la nave. Y es que cierto día pasó por la ribera un tal Tomás Garrido, mucho antes que empezaran las lluvias, a pocos días de haberse retirado los misioneros. Llegó muy violento con su ejército de pañuelos rojos, y con la ayuda de los ribereños resucitados bajaron las imágenes de sus nichos para divertirse con ellas hasta el cansancio. Después de comer toda clase de bajezas les prendieron fuego entre las carcajadas del general y su ejército de supuestos comunistas. Se fueron desintegrando poco a poco, pero los ojos de la Magdalena se quedaron fijos, como reprochando la osadía, hasta que saltaron hacia el centro del templo antes de ser consumidos por las llamas. Ahí permanecen extraviados, entre musgos, malvaviscos y hojas de borrajilla. Es por eso que acudíamos cada mes a ver si se hacía el milagro de encontrarlos.

Quechula fue el centro de la región, nos decía mi padre sentado en uno de los muros tiznados de la iglesia en ruinas. Las aguas del río grande arrasaban la barcaza hasta Puerto Paraiso, Tabasco, donde sus ocupantes transbordaban rumbo a Veracruz para tomar la diligencia que los conducía a la ciudad de México o a la unión americana. Llegaban a lomo de bestia, procedentes de Centro y Sudamérica; aquí esperaban días y días, hasta que la pequeña máquina aparecía, cargada de comerciantes, políticos, fiscales, artistas y muchos otros personajes que, ya de regreso, convivían por la noche con quienes a la mañana siguiente zarparían con destino a las ciudades del norte, y éstos, después de descansar tres o cuatro días, regresarían a paso de mulas a las ciudades del sur.

Quechula siempre estaba de fiesta. Se vendía buen ron, había bares y restaurantes donde los personajes importantes se deleitaban de lo mejor, acompañados de distinguidas damas, o disfrutaban el placer de hermosas mujeres procedentes del Caribe, quienes a ritmo de tambores y caderas los hacían soñar despiertos. El comercio era próspero.

En uno de esos arribos, la barcaza se trajo al italiano Pascualí, el Grande, que llegó con su levita y su bombín, y fumaba puro a cada rato. Permaneció cerca de dos años en la región y no se fue hasta dejar a las muchachas preñadas con la promesa de que iban a tener hijos de ojos claros.

—Ah de ti, Quechula! —decía mi padre—. ¿A dónde irás con tus muertos y desenfenados protestantes? ¿Quién te dijo que los grandes tiempos no pueden convertirse en días desolados?

Todo se transformó, según mi padre, con la llegada del ferrocarril. Desde entonces las bestias de carga fueron sustituidas

por carretas jaladas por yuntas. Se cambió de rumbo para ir al norte. Ahora había que llegar al pueblo de Jalisco, donde pasaba el tren interamericano, recién iniciada su ruta. Quechula quedó en el olvido, refundida a centenares de kilómetros de veredas y montañas. El pequeño barco nunca más volvió. Los hoteles y establecimientos comerciales se convirtieron en caserones vacíos. En sus angostas calles empedradas ahora sólo hay burros arrancando yerbas. Fue entonces el primer éxodo, el primer abandono, la primera muerte. A las paredes les crecieron árboles, pero la fe cristiana continuó con los frailes. Hoy Quechula está muerto de verdad, sin frailes y sin nada.

*

Repentinamente empezaron a tronar las rocas de la cañada que daba hacia el río grande. Las casas y los árboles se sacudían, mientras los pedazos de piedras rodaban muchos metros de distancia; otros agujeraban los techos al estrellarse con las láminas de zinc.

Ahora sí que ni siquiera nos dijeron "aguas, ahí va". Estábamos asustados y miedosos de cualquier ruido. Como no íbamos a estarlo, si en la tierra de nadie no sabíamos de temblores, de sonidos estridentes que casi nos reventaban el tímpano y nos cambiaban la piel con el espectáculo aterrador. Hasta creímos un instante que los resucitados decían la verdad cuando hablaban del fin del mundo:

—Vendrán nubes de polvo y arrasarán con la tierra: los árboles y las rocas se arrancarán de raíz; se abrirán grietas por todas partes y ahí será el llanto y rechinar de dientes... Arrepiéntanse, hermanos.

Pero ni siquiera tiempo de arrepenirnos se nos dio; bien pecadores nos iba a agarrar la huesuda. Ahí sí nos iba a tocar parejo: o todos cohudos o todos rabones. Pero de que nos tembló hasta el pellejo, es verdad. Estábamos en el suelo, hincados, creíamos que era una señal del más allá, sin pensar por un momento en la mano poderosa del más acá. Se oscureció por varias horas. Del cielo bajaba un humo espeso con olor a pólvora. Sólo el Capitán no dejó de aullar el presagio.

Ahí se acabó la calma que produce el canto de los pájaros, las gotas de lluvia, el choque de las ramas cuando el aire las sacude y la tierra empieza a oler a fertilidad.

—No se asusten, mañana estarán aquí los ingenieros y pronto tendrán riquezas. Habrá trabajo para todos. Cuando terminemos la presa, sus casas estarán iluminadas, sus mujeres ya no cargarán el agua desde los arroyos porque les llegará a través de tuberías y bien fuerte el chorro. Hasta sus buenas calles y parques públicos les vamos a construir —decía un hombre fornido que se cubría la cabeza con un casco protector a los ribereños que se asomaban a la orilla del río grande. Mientras, éstos no podían ocultar sus risas burlescas y el rumor a voz baja con el sombrero agachado:

—De qué vamos a trabajar, si sólo sabemos sembrar la tierra y pastorear animales, ni modos que los pastorremos a los señores ingenieros. Así son los juereños, nomás prometen y prometen; por último, bien fregado nos dejan, hasta nuestras mujeres se las llevan. Ya ven lo que nos hicieron los rociadores del paludismo. Primero les dimos confianza y ya después hasta se metían a la cocina, dizque a calentarse con el calor del fogón.

Otros se ilusionaban con las promesas de aquel hombre:

—Ahora si será diferente, vamos a tener carreteras y nos vamos a unir con los pueblos grandes. Yo seré dueño de la tienda más surtida de la región, como las que hay en Tecpatán —decía uno de los mirones.

—Y yo voy a comerciar con las muchachas de la mala vida...

—No, compadre —contestaba alguien por ahí—, ese negocio me pertenece, tú dedícatelo a la sopladera y al curado de hierbas, que es lo que sabes hacer, ¿no ves que dice el dicho "zapatero, a tu zapato"?

Y así soñaron esa tarde con la división del trabajo, promesas del progreso:

—Yo construiré una gran panadería, tú lo venderás y te tocará tu pilón. Aquel cabrón de Catalino ya se armó con la venta de sus bestias de carga; hasta mejorará la raza, pues estos ingenieros bien que saben de cruza.

Hasta hoy día sueñan en la otra vida, en espera de ver cumplidas las promesas: las riquezas que saciarán el hambre de la región, la luz eléctrica que iluminaría hasta los jacales más retirados; porque, eso sí, desde hace treinta años la maldita presa sólo ha sido "candil de la calle y oscuridad de la casa".

De regreso, mi padre nos explicó los motivos del trueno; éste había sido provocado por una prueba de mecánica de suelo, donde muy pronto, según el ingeniero informante, se construiría la hidroeléctrica más grande de América.

Mi padre ya no era el mismo. Su cara se puso pálida. Estaba colérico, por más que trataba de disimular, preocupado por la gente extraña, por la tierra próxima a desaparecer en las profundidades y por toda clase de inseguridad familiar. Después de la breve explicación no dijo más... más bien, ya no dijo nada.

saboreó su café y se fue a dormir. Nunca más despertó. Se fue con sus recuerdos y sus tristezas; con la calma de las montañas apenas estropeada; con el viento oloroso a hierbas frescas que jamás volverían a florecer en el pueblo de Quechula.

La presa todo lo inundó, hasta el respiro de mi padre.

Sólo quedaron las torres para presenciar por algún tiempo el mundo acuático de la civilización. De las tierras de cultivo sólo quedó la rabia, todo se inundó.

Sus pies estaban fríos, ya no se escuchaba su respirar. Le llegó por la espalda un aire helado, incorporándose inmediatamente, sorprendida... Criaba hasta despertarnos mientras corría en un ir y venir de trapos calientes de la hornilla a la cama. Trataba de revivirlo, pero ya no fue posible, por más llantos recordándole el juramento de permanecer a su lado en las buenas y en las malas.

Se acercaban los malos tiempos, con tantos fueños, con las tierras expropiadas por el gobierno, y ahora mi padre... Pero ya no volvió y el mundo se nos vino encima.

La casa se llenó de riberenos. Desde el patio se veían los hachones de ocote que alumbraban a las almas al bajar por diferentes veredas. Todos asistieron al velorio. Ahí nos olvidamos de las diferencias religiosas; resucitados y no resucitados pedían por su eterno descanso. Los grillos y los tecolotes también acudieron con sus cantos desde la orilla de la barranca.

No queríamos aceptar su ausencia; el recuerdo nos sacudía la memoria para enseñarnos a probar el sabor del dolor.

A primeras horas del siguiente día enterramos su cuerpo en el camposanto, debajo de los cedros, de las pochotas y de los hormiguillos. Su alma entró en comunión con la tierra

y la resignación nos empezó a llegar con la frescura de los árboles y el silencio sepulcral.

*

Había que reconstruir de nuevo nuestras vidas rodeados de un escenario desconocido, destructor, con tantos cambios y alteraciones, donde no cabían las costumbres. El carácter fuerte de mi madre, sin lugar a duda, pensé, nos ayudaría a recobrar la tranquilidad. Pero no fue así; por la noche, ya más serenos, instalados en el comedor de la cocina, nos quedamos sorprendidos. Ella apareció transfigurada; era otra, con su mirada firme y sus ademanes seguros. Se había quitado el velo y el vestido negro, así como todo aquello que le recordara su incipiente viudez. Si ignoramos su carácter, diríamos que los años compartidos con mi padre le estorbaban a grado tal que su muerte la liberaba para recobrar el tiempo perdido.

—Sientense —nos dijo con un gesto autoritario—. Hoy inicia una nueva vida llena de esperanza y de buenos recuerdos, pero sobre todo ubicados en la más cruda realidad. Ha llegado la civilización, tan próxima y tan destructora. Esto no es para asustarse; al contrario, vamos a vivir intensamente los últimos días de tranquilidad, después se irá la vida con la tierra a las profundidades del Grijalva. Vamos de nuevo, como los árboles retoñan en verano, así la vida comienza para nosotros.

Con su usual reciedumbre de carácter, mi madre se ponía al frente de la familia. Estraba hecha de dos maderas: aquella que la llenaba de firmeza para la toma de decisiones, y la

otra que le permitía defender lo nuestro sin oponerse a los cambios. Muy dentro de sí misma tenía fe en el progreso, quizá por la remota ilusión de la gran ciudad donde nació y vivió sus primeros años.

A los tres meses de la muerte de mi padre todo empezó a levantarse: las milpas espigaban jilotes, los pastizales verdes y los corrales se volvieron a llenar de animales domésticos. Pero la sombra estaba ahí, los planes seguían adelante. Sin embargo, era necesario soñar con la eternidad, sentirse respetados, amos y señores de la tierra de nadie; olvidarse para no morir de una vez por todas.

Poco nos duró el gusto. La tierra nuevamente empezó a emitir sus sonidos polvorientos. Los Caterpillar abrían grietas por todas partes... Perforaban el suelo y las veredas cascosas se convertían en caminos bien aplanados para dar paso a las máquinas pesadas; a la bola de fueñeros con sus cascós amarillos y sus maletas llenas de ilusiones entre gritos y chifidos. Cada quien traía su proyecto, su propia idea de progreso citadino apenas mezclado con los moscos enfurecidos por la alteración del ecosistema.

Desde el balcón improvisado con pedazos de madera veíamos cómo se desgajaban los brazos de las inmensas ceibas y cómo los reptiles huían entre las piedras para no ser aplastados por las cuchillas flosas o por las cadenas de la destrucción. Detrás venía todo un ejército de hombres encargados de emparejar con palas y picos las brechas recién abiertas.

Mi corta edad no era obstáculo para los malos presentimientos. Teníamos miedo a lo desconocido, a dejar lo que éramos para iniciar de nuevo. Se extrañaba la firmeza de mi

padre, su abundante conversación, su sabiduría que le nacía del amor a la tierra, así como su dureza para defender su verdad. Amaba la tierra de nadie, más que todos los ribereños, pero la quería intacta, sin castraciones; con sus aves exóticas, sus árboles milenarios y ese olor a musgo, prolongación de la Navidad durante todo el año, con sus tiras colgadas de las ramas confundidas con las hierbas y flores silvestres. Pero él ya no estaba, y frente a nosotros rodaban los troncos. Se hacían astillas al chocar con las rocas.

Ella prefería ignorar los acontecimientos, encerrada en la cocina con mis cuatro hermanas apuradas en amasar el pozol de maíz blanco y en preparar los apastes de sal y chiles "mira pa'riba". Fingía ignorar la situación. Queríamos gritar a los cuatro vientos el coraje por la presencia de los intrusos y la manera como se comportaban, dura y silenciosa. Esperábamos de ella, al menos, un simple desprecio hacia los usurpadores de la ribera, hacia el mal gobierno, a la vida, a la maldita vida que había permitido que nos quitaran la quietud, la tierra y la comida. Pero no dijo nada. Después de un largo rato acomodó los apastes de barro en los gartos; preparó la mula pinta y nos dijo:

—¡Ahora, huevones! Vamos a recibir a los visitantes indeseados; es lo único que nos queda de patrimonio y futuro. Ese día escuchamos la primera majadería de su boca; siempre hay una primera vez, estaba decidida y bien entonada. Era la única oportunidad; la vida sigue su curso y no estaba dispuesta a perderla.

A mediodía nos fuimos a venderles pozol a los fueños, ahí, al filo del camino, muy cerca de las máquinas. La pinta rebuznaba con el peso de los apastes llenos del líquido co-

pumoso. Cuando llegamos no hizo falta que gritáramos para anunciar la mercancía: la burra desesperada lo hizo por nosotros. De pronto nos preocupó, se le iba el respiro. Cómo no se iba a asfixiar, si estaba vieja, cansada y era madre de más de siete crios. Era catrina la desdichada. Como buena burra, no estaba acostumbrada a cargar, pero la necesidad era mucha y ya no se podía dar ese lujo. No le quedó de otra que cargar el pozol de todos los días; pero un día ya no pudo con su vida y nos dejó a mitad del camino; para entonces éramos dueños del ható que en otro tiempo perteneció a Othilano, el norño.

Desde el primer día mi madre se encargó de darle de comer desde los ingenieros altivos de cascós amarillos hasta a los chalanes rabones, quienes pronto traían las carteras llenas de billetes nuevos. No tardamos en acomodarnos a nuestra nueva vida. Eso sí, como decía Pascualina, "mil oficios, mil necesidades". El día completo y parte de la noche, la casa estaba llena de hombres que acudían a desayunar, comer y cenar. Una tras otra se comían las vacas de la región, los marranos, las gallinas y los guajolotes. Éstos fueron los animales más caros que se vendieron en la historia de la ribera. Nadie les quería dar de comer, más bien les gritaban maldiciones y todo tipo de injurias. Por eso mi madre cobraba oro molido. Les quitaba el hambre con frijoles negros, pero los cobraba como perlas africanas. Por comprar los animales cobraba, por matarlos y guisarlos también cobraba. Era un negocio redondo.

Casi todos los ribereños estaban furiosos con los recién llegados. Mi madre, por el contrario, se olvidó del resentimiento. Se puso a vender comida y a dejar sin animales

los patios y los potreros. Por eso le empezaron a llamar la Malinche, en recuerdo de la india que sin menoscabo se entregó al conquistador.

A mis hermanas se les iba la vida encerradas en la cocina, ocupadas en preparar los peroles de caldo, atizar la hornilla y hacer tortillas. Afuera dos hembras de buen ver se encargaban de servir en el comedor durante el día; por las noches vendían placer.

Mi hermano y yo vigiábamos con escopeta en mano; nadie se retiraba sin pagar. Para ese tiempo mi madre ya había aprendido a ser capataz y patrona. Era cordial y atenta con quien inspiraba confianza, pero alanaera con quienes no perdían tiempo para pasarse de listos con las pocas mujeres del comedor.

Las noches se prolongaban en un ir y venir de una esquinina a otra, hasta altas horas, principalmente para alejar a quien se acercara en busca de algo más que saciar el hambre del estómago. El ruido rechinator de las máquinas y sus luces asustaba a los grillos, los búhos y toda especie de pájaros nocturnos. Ya se nos habían olvidado los murmullos de la noche, entre tantas cosas por hacer y la llegada repentina de la "civilización". En la madrugada volvía la quietud, los insectos y las aves trataban de entonar sus silbidos matinales.

El humo del succulento caldo de gallina madre se servía en borcelanas: su aroma nos despertaba bien entrada la mañana, y desde la ventana podíamos ver cómo las tortillas hechas a mano se inflaban rebosantes en los comales de barro; las tazas de café expedían su aroma mezclado con rajas de canela.

Los fuereños, instalados en las enramadas del patio, se deleitaban sobre los tablones de cedro recién aserrados.

Mientras, las muchachas del servicio, con las manos en equilibrio, se contoneaban y servían los alimentos acompañadas de arrumacos y una que otra majadería bien aceptada por ellas. Las ariscaban y sus mejillas subían de color, como el de los tulipanes acomodados al borde de sus cabelleras. Aquellos aprovechaban para tocarles las nalgas y fijar sus ojos entre pecho y pecho. Ellas se ponían más cachondas y sujetaban con firmeza las jarras de café, para no derramarlas en las cabezas de sus admiradores desesperados.

Era difícil ocultar los instintos ante las dos hembras. Se nos alteraba la piel; por más disimulos..., nuestra condición de pavos a medio emplumar salía a flote.

Por eso, al terminar los comensales salíamos de prisa a zambullirnos al río grande, y ya entre nado y nado terminábamos masturbándonos como lo hacían los fuereños en plena competencia.

Ahí fue donde perdió mi pobre burra Drusila, recién destetada, ante el llanto de mi hermano, apurado en ayudarme a forcejear la rienda para que se alejara de la lujuria de la plebe, que bien preparados hacían caso omiso de las patadas propinadas. Vimos cómo uno a uno se la cogieron, hasta que le gustó y ya no quería regresar al rancho, la muy puta.

CIERTA NOCHE HACÍAMOS EL recorrido acostumbrado alrededor de la casa. Estaba oscuro, solo resaltaban las brasas incandescentes de la hornilla. A lo lejos las luces de las máquinas se cruzaban. La quietud de la noche nos adormecía a ratos. De pronto escuchamos un ruido familiar. Alguien trataba de arrancar el pasto o rascar el piso. Después empezamos a escuchar palabras entrecortadas, gemidos como de alguien apurado del estómago; pero a ratos confundían al escucharse gustosos y apurados. En un instante nos acercamos al matorral para poder apreciarlo de cerca, inquietos, pues despertaba nuestra curiosidad y estimulaba los instintos. Casi de frente distinguimos las voces de una mujer y un hombre. Se decían palabras, a veces apuradas y a veces lentas. Sus cuerpos apenas si se veían en la oscuridad, pero sus gemidos correspondían a sus movimientos: se entregaban a altas horas de la noche. Ahí fue donde descubrimos cómo se entrelazaban los cuerpos humanos del macho y de la hembra. En un movimiento brusco distinguimos sus rostros: eran Efraín y Estela, un maquinista alto y corpulento de tez blanca quemada por el sol, quien vino desde Sonora a unirse al ejército de constructores de la presa, y una de las meseras del comedor de mi madre apodada la Malacate. Eran tan rápidos los movimientos y gemidos que no me pude aguantar y expiré profundamente la energía reprimida en el silencio. Efraín se incorporó inmediatamente saltando tras de nosotros, enfurecido por la intromisión. Corrió como un corcel dispuesto a pelear por su presa hasta detenerme de un hombro con toda

su fuerza, haciéndome caer al piso. Mi hermano dejó de correr y vino en mi auxilio.

—Escuincles pendejos, ver y escuchar estas cosas es de mampos. —Ninguno de los dos contestó, estábamos nerviosos y avergonzados—. ¡Ah! Entiendo, ustedes todavía son polluelos, no han probado una hembra; pues ahora les toca, a ver si son tan hombresecitos.

—Juega el gallo —respondió mi hermano.

Los dos, temblorosos por el frío y por el miedo de la primera vez, nos fuimos donde estaba Estela, acostada en pelotas sin sentir el frío de las primeras horas de la mañana. Los cincuenta metros de distancia se hicieron interminables. Quería zafar mi brazo de la mano callosa del maquinista, olvidar mis sueños y la fornicación masiva de la burra Dru-sila, pero ya no se podía dar paso atrás, estábamos frente a la mujer abierta y voluptuosa. Mi piel se irguió y ya no tuve más miedo.

—Primerito tú —me dijo. No sabía qué hacer, si quitarme la ropa o echarme encima de ella para atragantarme con sus pechos. Estela se encargó de lo demás. Era como estar suspendido en el aire y no tocar tierra. Me apretaba con fuerzas para sacarme la vida. Ya no me importaba la presencia de los vigilantes en turno.

—Con calma, muchacho —me decía ella—. Esto no se acabará por mucho tiempo.

Hasta que vino el final con su torrente de cascada. Fue suculento la primera vez y ya nunca me estuve en paz. Al terminar le tocó a mi hermano. Después Efraín y Estela se quedaron a terminar lo interrumpido. Desde entonces supe por qué le decían la Malacate.

Avanzaba la construcción de la hidroeléctrica. Las brechas se prolongaban por todas partes para desembocar en la cuenca del Girijalva.

En esos días las reuniones informativas eran frecuentes. Se repartían folletos, se pegaban carteles y por las noches, con altavoces, se cruzaban mensajes. El fin era convencernos de abandonar las tierras, el agua en poco tiempo empezaría a subir hasta llegar a las casas y los potreros. Nadie quería irse, olvidarse del pasado y el presente. Estábamos arraigados como árboles con sus largas raíces. Vivir esa experiencia duele demasiado, es arrancarse el alma para desterrarse, es la muerte y la transformación de toda pertenencia, es salir para no regresar porque sencillamente se deja de existir.

El antropólogo Lorenzo Nepumuceno Alponente hacía su recorrido casa por casa; no se cansaba de ir y venir por toda la ribera. Traía un mundo de ideas recién salidas de la universidad. Su compromiso social no llegaba más allá de convencer a los ribereños de las bondades que traería la construcción de la hidroeléctrica. Según él, enfrente estaba la gran oportunidad para entrar a la civilización con la conversión del trabajo del campo a la producción industrial. Sus comentarios eran interesantes. Hablaba con claridad y sencillez. Ponía como ejemplo a los países industrializados: la base de su desarrollo era la producción de energía hidroeléctrica y la explotación del petróleo. En su imaginación cabía la construcción de futuras escuelas tecnológicas, hospitales, parques, calles y jardines. En resumen, según Nepumuceno Alponente, la hidroeléctrica nos iba a quitar lo salvaje con el

progreso. Sus compañeros de brigada realizaban diversas labores: curaban a los enfermos, reconstruían historias para la posteridad, y había un equipo de abogados que se encargaba de iniciar los trámites del despojo "legal" de las tierras malpaseñas. Solicitaban infinidad de documentos que los ribereños jamás habíamos tenido; para nosotros siempre bastó la palabra y su cumplimiento. También se planificaron casas modernas con el mismo diseño, con dormitorios y excusados en su interior, alejados de las costumbres de los habitantes. Recababan información hasta de lo más insignificante, y si no la obtenían la inventaban, todo para que aceptáramos salir de la tierra de nadie. Para ellos era bueno lavarnos el cerebro.

—Dígame, abueíta —le decía Alponte a la anciana Manuela, quien en su rostro deforme por el mal del pinto dejaba ver cada una de sus arrugas ceñidas por los recuerdos: historias marcadas por el tiempo. Éste hacía su mejor esfuerzo por agradarle y así poder obtener la información requerida. Ella no daba muestra del menor gesto de complacencia ante las preguntas un tanto ingenuas del apurado agente del gobierno. No eran suficientes las vestimentas autóctonas que traía puestas. No despertaba la más mínima confianza en aquella mujer, quien después de tantos años y tragedias ya no podía creer ni en su propia sombra —, ¿cuándo llego a estos lugares tan inhóspitos? ¿Por qué le gusta vivir aquí, en medio de la selva? ¿Le gustaría vivir en otro lugar, donde tuviera una casa con puertas grandes, ventanas hacia el río convertido en un hermoso lago, con sus lanchas y pescadores? ¿Qué le dicen los silbidos del viento que sacuden los árboles y hasta parece que arrancan los jacales?

—No dicen nada, ya no dicen nada. —Por fin la anciana habló con un aire de enojo para callar de nuevo y ocultarse en su jacal. Sabía muy bien que su pasado ya no importaba y el presente estaba a punto de exterminarse en cada grieta perforada para ampliar cada vez más las profundidades.

Ya ni los muertos podían descansar, obligados a resucitar a destiempo. Sus huesos se convertían en polvo, mezclados con los montículos de tierra para el relleno.

Ahí se iban quedando las almas de los fieles difuntos, deambulando por las colinas o en los cuerpos débiles que luego padecían ataques y alucinaciones.

Los sacrilegos avanzaban sin importarles el último deseo de los muertos: descansar en paz. Por eso la anciana Manuela, con mucha claridad, podía ver cómo se agotaba la tranquilidad en la tierra de nadie.

La ribera se llenó de extraños. En unos cuantos días habían llegado de todas partes ingenieros, maquinistas, macheteros... Lo cierto es que venían a cambiarnos la vida. Estábamos mudos, de repente se nos apagó la voz, dejamos de reír y perdimos la inocencia, la dignidad, perdimos todo. Solo las muchachas ilusionadas encontraron en este marañino una razón para despertar entre fueleños, desesos de mujer y llenos de palabras bonitas que engatusaban a las infelices ribereñas. Se habían fastidiado de ver las mismas caras, los mismos hombres, por eso, apenas llegaron los desconocidos, se deslumbraron al verlos. De un día para otro todas andaban alebrestadas y cualquier pretexto era bueno para encontrarse con los nuevos conquistadores, quienes las hacían cambiar de color con su presencia. Después de algunos meses empezaron a aparecer gorditas en la mayoría

de las casas, como un milagro de la creación. Para los fuereños no importó si eran resucitadas o católicas, lo importante era saciarse, convertirías de niñas a mujeres desfloradas—

—Yo no sabía de estas cosas—le decía Catalina a su madre, entre el miedo y el llanto que le provocaba la mirada colérica de Erculana, alterada, quien no aceptaba tanta desgracia al ver a su hija de escasos trece años bien panzona—. Yo sólo acudía todas las tardes a la orilla del río con las hermanas del templo a cortar begonias y crespones; pero nos inquietaban las palabras de los juereños que nos seguían los pasos, hasta que nos gustaron y supimos de esas cosas, o más bien perdimos la cabeza por completo. —Pero Erculana no entendía razón alguna; por más que su hija le pedía perdón y le besaba los pies, ésta la sacudía con fuerza, la arrojaba al piso para que le saliera la cría—. Perdóname, mamacita—le decía—, te juro por el Cantar de los Cantares que no lo vuelvo a hacer. Te prometo que si dejas de golpearme me convertiré en predicadora celestial.

—¡Qué predicadora celestial ni qué la madre! Bien panzona que estás, perra del demonio, y tienes el descaro de mezclar a Dios en tus puterías. Yo sólo le pido que te muevas y con ello la vergüenza de verte preñada cuando apenas empiezas a dejar de ser niña; ni las chichis te han salido para decir que eres hembra completa para que se pueda fijar en ti un hombre y te limpie la cara...

Pero la cría nunca cayó, por más intentos de Erculana. Ésta hizo hasta lo imposible... Y así se llenaron los hogares de madres deshomradas, en espera de que los varones conquistadores cumplieran su palabra. Eso sí, la tierra de nadie se llenó de güeritos; como quien dice, "mejoró la raza",

porque desde entonces los morenos y pintos pasaron a un segundo plano en la preferencia femenil. Las mujeres soñaban con tener hijos de ojos azules sin importarles si después andarían como perros sin dueños.

—Oí, vos, vas a tener un hijo—decían—; pues Dios quiera que te salga güero el chamaco.

Ya no querían que salieran bien zoches como ellas. Cuando nacía un prietito, se juntaba la indiada a lamentarse del suceso:

—Pobre Juana, le salió negro el chamaco, será porque no comió pinol de maíz blanco, o no bebió agua clara del manantial; luego le vendrá la tiña y será pinto como nosotras.

Lejos estaban de conocer el origen de sus manchas. Mientras, los predicadores resucitados que acudían a los campamentos de verano hacían lo propio; los instruían para sentirse inferiores, para ignorar su origen y les metían hasta el cogote la superioridad de los blancos. Se distribuían folletos en los hogares con imágenes de un Cristo sajón que decía: "Cristo nació entre los blancos y siendo blanco vino a redimir a los negros". Y los predicadores blancos se metieron en las conciencias de las familias. Favorecían con sus charlas la construcción de la hidroelectrica y junto con los fuereños terminaban por controlar a las mujeres. Entre arrumacos, embarazos y promesas las convencieron para dejar la tierra sin más explicación que la complacencia de sus dueños. Mientras un puñado de ribereños se organizaba para pelear hasta el último respiro, así tuvieron que marcar las piedras con su propia sangre, éstas sólo pensaban en hacer el amor prohibido.

*

—Aquí no pasas, nomás porque vienes de la capital con tus aparatos y esas máquinas ruidosas —le decía Pancho Pérez al intendente de la brigada de topógrafos.

—Ya rebalsó el barril y si das un paso te quebro a machetazos.

—No lo intente, ingeniero, si no quiere saber pa qué es bueno el Pancho.

Y el ingeniero fuñoso se envalentonó, lanzándose sobre Pancho con la prepotencia de un mexicano ladino al que no le son tolerables las agallas de un indígena.

Poco le duró el coraje. De un solo movimiento Pancho lo degolló por completo. Su cabeza se fue dando saltos, parpadeando con la boca rígida y la nariz levantada.

La brigada de topógrafos se lanzó sobre el hombre del machete. Forcejearon hasta quitarle el filoso punzante, entre rasgaduras y excoriaciones, para después ensartárselo por completo en los intestinos. No bastó con sacarle las visceras para aminorar los ánimos de los fueñeos: éstos, coléricos, hicieron picadillo el cadáver hasta dejar un montículo de carne fresca. Cuando llegaron los jueces rurales, no sabían qué hacer con las carnes y los huesos sueltos de Pancho. Por último ordenaron a la viuda levantar sus restos en una artesa de lavar café. Nadie identificaba los pies o la cabeza, todo era picadillo.

Esa noche cada quien veló a su muerto. Los del campamento interrumpieron la jornada nocturna y todos resguardaban el ataúd con el cuerpo del ingeniero. Los ribereños se pasaron la noche bebiendo aguardiente, olvidados de la

prohibición religiosa. En ratos se alborotaban y querían ir a desalojar de una vez por todas a los intrusos, pero sus mujeres gritaban colgándose de sus brazos para detenerlos.

Fue una noche intensa, llena de disturbios. Se escuchaban gritos de ambas partes, balazos, llanto y estallido de bombas sobre las rocas.

*

Ella permanecía despierta, alerta a los sucesos. Recordaba la noche de rabia fanática donde estuvimos a un paso de perecer en las manos de los recién convertidos a la religión de los resucitados. Mantenía la serenidad propia de su carácter, se guardaba sus preocupaciones muy adentro. Cerró la puerta principal con doble pasador y se quedó meciéndose en su silla de mimbre, mientras mis hermanos dormían y yo cabeceaba de cuando en cuando.

Esa noche de desvelo también vino a su mente el viejo recuerdo de su infancia. Llena de inocencia fecunda llegó a estos lugares cuando apenas tenía siete años. Venía de la ciudad de México con su padre, un profesor energético que encontró en estas tierras el lugar apropiado para realizar sus sueños nacionalistas, alejado de la urbe de piedra y canto, en busca de la tranquilidad de las montañas. Llegaron y se quedaron para siempre. Él fue su escuela. Bajo su cuidado aprendió a contemplar las llanuras y las montañas, a querer a los animales. Creció entre niños y niñas ribereños, a quienes su padre les enseñó, a unos pocos, a leer y escribir, y a otros a sentir el gusto al menos por lo desconocido; ahí encontró el remedio para olvidar las penas que trajo consigo.

Eran muchos recuerdos en la cabeza de la mujer que se mecía en la silla de mimbre. Yo observaba detenidamente su cabellera, donde empezaban a florecer los hilos blancos de su historia. Alguna vez me comentó que para llegar aquí realizaron toda una travesía desde la capital del país:

—Apenas era una niña, todo me parecía hermoso y lleno de ilusiones. Me desperté a las cinco de la mañana, el reloj sonaba confundido con las campanas de la Catedral Metropolitana. Desde la abertura formada entre ceja y ceja de las cortinas del ventanal que daba hacia el zócalo pude ver cómo iniciaba el vuelo la parvada de pichones, entre cascadas distantes de las torres, a la azotea de Palacio Nacional, la regencia y el astabandera.

"Levántate, Carmela —me dijo mi padre—. Hoy iniciaremos una nueva vida lejos de esta ciudad para no morir con sus recuerdos. Te llevaré cerca de las aguas del Grijalva, ahí viviremos con los niños más necesitados, éstos de los que nadie quiere crear que existen. Escucharemos el canto de los pájaros y la alegría de los jóvenes al correr como gacelas y ciervos'. Al mismo tiempo me ayudaba a vestirme. El equipaje estaba preparado. Eran baulés de madera con molduras de hierro fundido. Las había arreglado toda la noche mientras yo dormía sin tener la menor idea de que era mi última noche entre edificios coloniales.

"Recuerdo los balcones que daban hacia el patio central del edificio neocolonial de la calle de Revillagigedo; los pisos enduclados del pequeño apartamento bien encerrados por las manos de la tía Macaria; las paredes limpias, como si mi madre se hiciera presente todos los días.

"Esa mañana se acercó a regar los geranios colgados en pequeñas macetas de barro, dando ese toque pintoresco al

balcón de la ventana principal. Fue cuando pude observar sus ojos: estaban húmedos y tristes. Lentamente dejaba caer el agua de la jarra china de peltre que sustrajo del lavamanos.

"Dos horas más tarde salimos del apartamento y él colocó una leyenda en la puerta: 'Hasta nunca, tía Macaria, ahí te dejo el apartamento para que vivas vieja y cómoda, cuidalo como si viviera Mañilde', y salimos a la calle para no regresar jamás.

"Transportados por un Cadillac del año, llegamos al Pantón Español. Inmediatamente nos dirigimos a la tumba de mi madre y fue entonces cuando comprendí la partida sin regreso. Mi padre hizo los pagos a perpetuidad de la tumba y derecho de suelo. Besamos por última vez el pie de la cruz y los dos con los ojos llorosos abordamos de nuevo el coche rumbo a la estación de San Lázaro, donde aguardaba el tren que nos conduciría al puerto de Veracruz.

"Al paso por las calles de la gran ciudad, veía sus monumentales edificios, al cilindro interpretando *Varita de nardo*, al panadero equilibrista y los árboles frondosos de la alameda, imágenes que se quedaron en mi mente como fotografías eternas de un bello recuerdo.

"El aire penetraba por las ventanas del vagón con su olor de pinos, despertando con su fragancia a los viajeros admirados. A lo lejos se veía la ciudad con sus trazos y colores. Todo era transparente. El valle lucía un día primaveral con sus torres y albarradas de rezontle que resaltaban rodeadas de matas de pulque. Los campos cultivados aparecían al pie de los volcanes, y la máquina con su tracetraca y silbidos estridentes nos fue llevando hasta la serranía.

"Al llegar a las estaciones subían las tamareras, panaderías, pulqueros y comederas a ofrecer a gritos su vendimia,

con un dejo de provincia capaz de convencer a cualquier viajero, si no por el hambre, por el gusto de escucharlas.

"Con el alba del nuevo día nos acercamos a la estación de la ciudad de Veracruz; el calor nos sofocaba y las paradas eran continuas para las revisiones de rutina.

"Al llegar al puerto apenas si nos dio tiempo de estirar el cuerpo para luego subimos al pequeño barco que nos llevaría a Paraiso, Tabasco. Ya embarcados ocupamos el único camarote y no despertamos sino hasta el atardecer con el ruido de las calderas que esparcían vapor para anunciar la salida a las aguas del Golfo.

"Durante toda la noche y parte del día siguiente navegamos con la presencia de las gavioyas arremolinadas en la cubierta y las luces de grandes embarcaciones provenientes de otros continentes, así como pescadores y pequeñas embarcaciones que iban y venían a la península de Yucatán.

"La marimba esparcía al viento el sonido de sus maderas, alebrestando a los tripulantes e invitándonos a la cubierta para ver las verdes tierras tabasqueñas.

"Mi padre aprovechó la estancia en Villahermosa, mientras llegaba la barcaza para continuar la travesía, y visitó a algunos amigos. Estos no tardaron en advertirle sobre las dificultades de la región. Era muy peligroso para una niña andar sola por esas tierras donde las enfermedades abundaban, y pronto se nos pegaría el mal del pinto. Por suerte no fue así y aún tengo mi piel intacta. Pero el ya había decidido la ruta y no la cambió por nada. Durante la espera un emisario de educación lo visitó muchas veces llevando consigo una misiva del general Garrido, quien le pedía que se diera en Tabasco para hacerse cargo de la instrucción de los

profesores normalistas. No aceptó: su meta era atender a los niños olvidados y trabajar el campo para comer.

"Después de luchar día y noche contra las corrientes del Grijalva, llegamos a la ribera de Quechula. Enclavada en la selva y olvidada de la mano de Dios, lucía con sus grandes árboles, riachuelos y casas empalizadas. Todo contrastaba con lo acostumbrado y en mi interior tenía miedo. Sus habitantes nos veían pasar, escondidos detrás de los matorrales o entre las aberturas de sus puertas mal hechas.

"Todo era diferente. Se dormía en camas de varilla, improvisada para no sufrir un piquete de vibora. Los pisos estaban contruidos de tierra aplanaada y la lucha con los moscos era interminable.

"Pasaron algunas semanas y nadie asistía a las clases de mi padre en la escuela improvisada debajo de un árbol frondoso. Eran renuentes, recelosos y escurrizos, se preguntaban para qué les iba a servir perder tanto tiempo con el profe.

"Me costó mucho acostumbrarme a la quietud de las montañas, a los moscos y a las personas, pero después me entró hasta llegar a crecer en medio de la selva bañada por el río.

Cuántas cosas pensó mi madre esa noche. Permaneció en vela, quizá por el temor bien disimulado, o quizá sus recuerdos se entrelazaron como telarañas nocturnas.

—¿Qué te preocupa? —pregunté—. Se te vinieron las ideas todas juntas y la mañana te encontró con los ojos abiertos. El rídic de la mecedora que no has dejado de mover me ha despertado, acompañado de las cortinas flotantes por el aire que trae ese olor a muerte.

La mañana aparecía frente a nosotros cargada de nubes lunebres y ella no había dejado de mirar por un instante

hacia el cementerio con sus presentimientos y temores. Sólo el impulso de la mecedora la ubicaba en el presente. Esas primeras horas del día no pintaban bien. Las aves del corral estaban silenciosas, no se asomaban a levantar sus granos; hasta el viento se detuvo.

—Me inquieta saber qué harán estas gentes en el cementerio. —Fueron las primeras palabras que pronunció esa mañana—. Observa a lo lejos; ahí, por el camino de las ánimas. Ya van hacia la última morada y los cortejos se encontrarán en la entrada de las cruces. Desgracia, a quién se le ocurrió iniciar los dos cortejos al mismo tiempo. Es una señal de presagio. El demonio lo llevan muy dentro. Ahí van los de aquí y los de allá ¡Valgame Dios! Ocurrirá lo esperado. La sangre teñirá esta tierra y lo que hoy comienza con violencia será cuento de nunca acabar. Mira la pobre de María: se quedó sin su Pancho, con siete hijos y uno que lleva en la panza. Ya del ingeniero, no se diga más. Apenas ayer me comentó que su reciente ida a la capital fue para contraer matrimonio con esa joven. Si, con ella, la de la fotografía que traía en su cartera y que no dejaba de mirar. Pobre muchacha, apenas si se había desposado y ya se quedó sola, tan distante de su hombre; mejor dicho, de su muerto. Todo por esta maldita presa.

Ahora si las cosas van de mal en peor. Ni siquiera sabemos quién tiene la razón, si hay razón en esta rabia ciega Pancho, con su coraje, no hizo más que gritar para tratar de defender la tierra, esta que queremos de por vida. El ingeniero tenía que cumplir con su trabajo al costo de lo que fuera. Pero quién es el malo de esta historia... Si estas malditas máquinas lo arrancan todo. Nos aturden hasta los huesos con sus ruidos y demoliciones que raspan el ser para dejar

de ser, cuando nos llegue poco a poco el agua y nos ahogemos de soledad.

—¿Quién crees tú que sea el malo de los acontecimientos? —pregunté colérico, lleno de ira por esa maldita manía que la caracterizaba de querer ignorar lo obvio; lo que ella bien sabía y ocultaba con sus ideas sueltas, pero bien pensadas.

No contestó.

—¡Pues el pinche gobierno, madre! El mal gobierno potente, mierda, que no se dignó a preguntarnos, al menos para no dejar cabos sueltos, si queríamos la hidroeléctrica. Ni siquiera nos dijo "aguas, ahí van las máquinas, sálvese quien pueda". Bola de tiranos zoquetes, nos están jodiendo. Pero, eso sí, cuando querían legitimar sus ánforas electorales con votos falsos hasta nos prometían hacer de la tierra de nadie el mejor vergel del mundo. Ahí se la llevaron con puras promesas, y ya ve ahora con qué nos salen. Ahora no cuentan los gritos, el reclamo y el desprecio. Dicen que son los gringos los artífices de tanto atropello. Se siembra rencor para después cosechar tempestades. Eso no se cura con nuevas promesas. Terminará la construcción de la presa, luego vendrán otras hasta inundar el cauce del Grijalva. Crecerán las ciudades y se saturarán los mercados de mercancías inútiles, pero el rencor se convertirá en odio de generación en generación.

—¡Ya cállate! —me dijo—. Tú qué sabes de estas cosas del progreso.

*

Los ánimos crecieron, la llama del resentimiento se encendía cada vez más. Los dos cortejos llegaron exactamente a

la misma hora, minutos y segundos. Se encontraron frente a frente ahí, en la entrada del camposanto, a un lado de las cruces del camino de las ánimas. Los ribereños, enfurecidos y sintiéndose doblemente agraviados por el muerto y por el despojo, atropellaron a los fuereños que también cargaban su dolor. Ahí no hubo respeto. Era de entenderse: la violencia nunca ha sido escenario para la tolerancia, mucho menos después de una noche de desvelo, de borrachera acompañada de su propia rabia.

Enardecidos, median sus fuerzas hasta provocar que el féretro cayera al suelo y que el cuerpo degollado del ingeniero, de un solo impulso, saliera del cajón, ante la impresión de algunos, el miedo de otros y el coraje de los demás. Por ahí rodó la cabeza sin importarle a nadie. Todos en cuestión de segundos se ocuparon de la bola. Repartían golpes a diestra y siniestra. Los machetes sonaban afilados al penetrar los cuerpos entre gritos de todas las edades.

Maria transformó su dolor en rencor y en un impulso de histeria se lanzó sobre un fuereño, sin importarle su embarazo de ocho meses. A mordiscos y jalones se encargaba de él, sin que este hiciera el menor intento por defenderse, hasta llegar al fastidio. Fue cuando el fuereño trató de apartarla, pero ésta reaccionó con más violencia. El hombre, ya embrutecido, desenfundó su navaja plateada y de un solo movimiento le rasgó la panza. Su agonía fue lenta, pero segura, con las visceras de fuera y el pequeño prematuro por la revuelta.

Apenas si abría la boca, cubierto con los residuos de la placenta. Nadie se encargó de él; ahí se quedó, entre flores secas y pedazos de cruces.

Los perros también se dieron cita. Ladraban desesperados, querían detener por instinto la masacre de los inocentes, la violencia desesperada de quienes luchaban por razones ajenas, por ilusiones que nunca han apagado la codicia de los caciques de las tierras del sur.

Se escuchaban cada vez más fuertes los ánimos y su resonancia se extendía a los cuatro vientos, hasta que se fue apagando lentamente como se apaga la vida de los olvidados.

El silencio y el temor se apoderaron de nosotros por un instante. Sin quererlo, nos incorporamos y salimos de la casa rumbo al camposanto. Ibamos como sonámbulos, con la boca amarga y la impotencia ante los hechos que acabábamos de escuchar.

¡Vaya impresión! En la entrada principal, donde estaba el primer arco del triunfo celestial, los perros mostraban sus colmillos; en plena riña se disputaban los pedazos de picadillo que otrora fuera el cuerpo de Pancho. Sus ojos intactos aún nos miraban fijos entre polvo y sangre, pero no teníamos tiempo de descifrar sus mensajes.

El recién nacido apenas si parpadaba cuando llegamos, sostenido del cordón umbilical acompañado de los lamidos de un sabueso. La sangre y los cuerpos mutilados estaban regados por todo el cementerio; algunos se quejaban en plena agonía. Eran niños, mujeres, ancianos, jóvenes y, desde luego, los principales protagonistas: los fuereños y los ribereños que hicieron rodar su sangre y se enfrentaron a su destino fatal. Era desesperante tal escena dantesca; las tumbas destilaban sangre, las flores salpicadas, no había espacio limpio donde pisar. Estaba aturdido con la impresión. Caminaba de un lado hacia otro en busca de algo sin saber con precisión qué era. No

me salía la voz; hasta que mi madre reaccionó bruscamente sacudiéndome de los hombros para que volviera en mí:

—¡Despierta, carajo! ¿O te faltan cojones?

Reaccioné de inmediato. Sacudi la cabeza y no hice otra cosa. Rasgué las vestiduras de los muertos para tratar de detener con las hilachas la sangre que salía a borbotones de los cuerpos vivientes. Ella corrió a llamar a los ribereños que se quedaron en casa, quienes aturridos no daban crédito a lo escuchado.

Nunca había estado tan cerca de la muerte. Era muchos heridos. Algunos se quedaban boquiabiertos en el paso a la otra vida. Era los gritos de dolor más aterradores nunca oídos. La desesperación total, la agonía colectiva de un pueblo que sellaba con su sangre su repudio al despojo y a la impo-sición. Varios murieron en el instante justo en que les apre-tábamos las heridas, tan sólo les salía de muy adentro la leta-nia consigna de los derrotados: "¡Maldita presa! ¡Maldita!". Hasta que llegó a eternizarse la maldición de los ribereños.

En la tierra de nadie:

¡Maldita presa! ¡Maldita!

En las veredas y ríos:

¡Maldita presa! ¡Maldita!

En las profundas aguas del Grijalva:

¡Maldita presa! ¡Maldita!

En las máquinas que excavaban los túneles:

¡Maldita presa! ¡Maldita!

En la verborrea de los políticos:

¡Maldita presa! ¡Maldita!

En las lámparas fosforescentes:

¡Maldita presa! ¡Maldita!

En las barriadas de los desplazados:

¡Maldita presa! ¡Maldita!

En las esquinas de las prostitutas:

¡Maldita presa! ¡Maldita!

Entre los limosneros:

¡Maldita presa! ¡Maldita!

Frente al Crucifijo:

¡Maldita presa! ¡Maldita!

En el destierro interminable.

En la inauguración de la modernidad.

A la hora y la hora de la muerte:

¡Maldita presa! ¡Maldita!

¡Eternamente maldita!

A medida que crecía el rencor, salía de todas las bocas: era la letanía del desahogo. Se escribían versos y se cantaban corridos, pero la maldita presa era la muletilla que no podía faltar entre los ribereños y fuereños; entre los pescadores arimados a la hidroeléctrica; en las cantinas; entre rezo y rezo de las beatas. Pasaron los años hasta llevar a la tumba a los protagonistas, pero el desprecio a lo extraño se convirtió en enfermedad disgregadora, un mundo aparte lleno de resentimientos.

El mesón se convirtió en hospital emergente. No había espacio para acomodar a los heridos. Se construían entramadas donde les tocara un poco de sombra. Las mesas improvisadas que servían para darles de comer a los fueños ahora eran camas. Ahí tratábamos de acomodarlos, hacinados hasta más de seis heridos, sin importar de qué bando fueran. Se acabaron las diferencias. Los gritos y quejidos se escuchaban a más no poder, mientras la agonía se acercaba junto a la frialdad cadavérica de algunos que ya habían pasado a mejor vida.

Los pocos ribereños fuera de la gresca estábamos apurados en atender a los heridos. Las mujeres cocían plantas medicinales para aplicar cataplasmas sobre las aberturas frescas. Los pequeños lienzos húmedos les producían fuertes ardores a unos, y a otros nada, porque ya estaban inconscientes, es decir, más allá que pá'ca. Con las puntas de las navajas al rojo vivo se extraían las ojivas incrustadas en los cuerpos de los ribereños. No terminábamos de atender a unos cuando otros ya estaban estirando la pata.

Qué impotencia, no había capacidad humana para atender a todos los heridos. Nadie podía medir los efectos curativos de las hierbas y cataplasmas, pero era lo único que se tenía.

No había tiempo de respirar, mucho menos de dar cristiana sepultura a los que pasaron a mejor vida. Hasta el siguiente día nos acordamos de ellos por el hedor esparcido en toda la ribera. Apurados estábamos, los colores sólo nos hacían estornudar de vez en cuando. Eso sí, los perros de la tierra de nadie empezaron a verse gordos y los de al tiro desnutridos se murieron por tragar mucho.

Después de nueve días y nueve noches de no dormir, ocupados en atender a los heridos, empezamos a ver la recuperación lenta de algunos. Los muertos ya no pasaban de dos o tres por turno, pero el cansancio nos había agotado, ya no teníamos fuerza para seguir excavando fosas comunes y decidimos arrojarlos al Grijalva.

Nos desmayábamos continuamente. Apenas si comíamos y medio cerrábamos los ojos, empeñados en tratar de salvarles la vida, hasta que llegó el día inesperado: empezamos a ver visiones.

Las fosas se abrían y de sus cuarteaduras salían los muertos. Caminaban desorientados por el patio. Acomodaban sus miembros ultrajados por las heridas cubiertas de polvo. Algunos llevaban sus piernas o sus cabezas entre manos, arrastrándose mutilados. Otros, apoyados en pedazos de madera, trataban de caminar. Cada quien veía su propia revelación. Había quienes hasta platicaban con los cuerpos destrozados: éstos contaban las tragedias del más allá y las penitencias que enfrentarían los mortales al iniciar el cruce de los siete caminos antes de llegar al cielo. Otros alucinaban las bonanzas que traería consigo la construcción de la hidroeléctrica y se soñaban ingenieros, maquinistas o talacheros. La ribera estaba totalmente iluminada. Algunos evangelizaban a las plantas y a los pájaros, como buenos predicadores de la resurrección. Todos divagábamos, teníamos nuestra propia locura, porque la tierra de nadie se había convertido en tierra de locos.

—Yo soy Anacleto, el Grande, qué no ves que traigo un pensamiento entre ceja y ceja, como que quiero desahogar-me contigo.

Ahí estaba el buen Anacleto, con su caballo alazán, sus espuelas y su vestimenta plateada. Recorde ese día en que llegó desde los Altos de Jalisco, traído por los frailes para enseñar a los ribereños el arte de la charrería, con sus manganas y el paso de la muerte que le salía muy bien. Apenas si llegó y poco le duró el gusto. La tarde de la víspera de las festividades de Santa Magdalena, después de terminar de construir el lienzo, se dirigió con otros aficionados a tomar la chicha a casa de Soledad, mujer hermosa de curvas bien marcadas. Desde su llegada, ésta se contoneaba sin quitarle la mirada. No ocultaba sus deseos. Anacleto bebía a sorbos la chicha y se acomodaba los bigotes en señal de que sentía lo mismo. Esa tarde bebió como un toro hasta ya entrada la noche. Al retirarse dejó una nota debajo de las jarras vacías: “Déjame la ventana abierta y verás qué tan macho soy”.

La mañana siguiente todos los ribereños se acercaban a la casa de Soledad impresionados al ver los cuerpos desnudos y las sábanas empapadas de sangre. Ahí eternizaron esa atracción fatal a primera vista. Eran tantos los amoríos de la hembra que nunca se supo quién los mandó a la otra vida en pleno agasajo.

—Vengo a decirte que desentierres las campanas de los dominicos y las lleves muy lejos, donde vuelva a sonar el alba como antes. Allá donde el amor de hermanos florezca, donde el sosiego acaricie el rostro de los ancianos y los niños, donde la tierra sea nuestra entre surcos y riachuelos. —No había terminado de hablar y ya se escuchaban a lo lejos las

campanadas del templo olvidado, acompañadas por el salmo veintitrés entonado por voces angelicales. Junto a Anacleto aparecían los frailes dominicos, cabizbajos, con sus hábitos roídos, mientras éste hacía tronar su fuele al rozarlo con las ancas del animal. —Toca la campana, que vamos por el camino de los ángeles. Por aquí llegaremos al purgatorio —me decía. Y yo empecé a seguirlo. Todos arrastraban su caminar apoyados de sus dedos porque tenían los pies al revés, señal de que ya no pertenecían a esta vida sino a la otra.

Estábamos confundidos entre alucinaciones y recuerdos de la ribera, con sus canoas de pescadores de bagres y los niños recolectores de caracoles. La escena de mi padre fu-mándose un cigarrillo al compás de su mecedora preferida, tallada en madera de cedro rojo, en ese horario vespertino donde se mantenía hasta entrada la noche, cuando el sol se ocultaba en el horizonte y el corredor de los geranios apaga sus colores para dar paso al concierto de los grillos y la oscuridad bañaba las montañas.

Extrañas nubosidades pasaban por la mente de los olvidados. Éramos el pueblo viviente entre tanta adversidad. Desde que llegaron los fuereños los pleitos se convirtieron en pan de cada día. Las familias se dividían, unos a favor de la presa y la mayoría a favor de la tierra. Por primera vez, la locura nos unió. La tierra de nadie se convirtió, en la imaginación perdida, en tierra de todos. Ahí andábamos sin rencores, en eterna hermandad; como ángeles silenciosos vestidos de inocencia. Por primera vez, la mudéz de los muertos y la falta de razón nos hizo ponernos de acuerdo. Cuando alguien hablaba, no tenía interlocutor alguno; la libertad de expresión era plena y cada quien argumentaba sus propios

fantasmas, cada quien con su locura, con sus frustraciones y rebeldías ocultas.

Después de tanta calma, que hacia imposible su permanencia, se oyó el eco de una voz grave, con una frase sentenciadora que no habíamos escuchado nunca jamás. Era como una erupción volcánica proveniente de la cima de los montes, entre pájaros alborotados, arroyos de aguas turbias y la mañana húmeda desolada:

¡Es el final!

¡Nunca más!

Y los truenos llegaban más fuertes. Tronidos de derrumbes; de rocas rodantes y de aluviones que arrastraban toneladas de tierra, hasta sepultar a los inmensos árboles de guacastes sin darles tiempo a desgajar sus ramas. Y la frase exterminadora seguía por los cuatro vientos:

¡Nunca más!

¡Nunca... más!

¡N...! ¡Más!

... Cuando todo terminó, el pedazo de tierra donde nos encontrábamos flotaba en la inmensidad de las grietas, oloroso a pólvora junto a las manchas de humo asfixiante.

Al salir del marasmo era el llanto y rechinar de dientes de unos, mientras otros entonaban cánticos y repetían salmodias en acción de gracia.

De vez en cuando el eco se escuchaba ligeramente hasta perderse en la distancia:

¡Nunca... más!

¡Nunca...

... más!

... Hasta diluirse por completo. Fue cuando volvimos en nosotros, para contemplar a los muertos que ya expedían el hedor de su miseria.

Poco nos duró el regreso, de nuevo nos perdimos en el tiempo.

*

— ¡Llévenselos a la fosa o arrojémoslos al río! — gritaba el coronel Fausto Domínguez, quien llevaba una semana al frente del pelotón de seguridad. Había llegado desde el centro del país con instrucciones precisas de la presidencia de la república para desalojar a todo indio ribereño que se entercara en permanecer en su tierra. Estaba en sus manos la destrucción total de las comunidades aledañas al río grande. Conocedor del enfrentamiento del cementerio, no estaba dispuesto a correr la misma suerte. Hombre de carácter intolante y mano dura para aplacar cualquier brote de violencia, su misión era no escatimar esfuerzo si algo pusiera en riesgo la construcción de la hidroeléctrica. Traía instrucciones precisas del jefe supremo de las fuerzas armadas, y él las cumplía al pie de la letra, como buen militar. Solía dar instrucciones precisas con la firmeza de un roble:

— ¡Llévenselos a la fosa o arrojémoslos al río! — ordenó de nuevo, pero una voz lo interrumpió:

— Es que todavía están vivos, coronel.

Y éste, acercándose al camión de redilía, preguntó al soldado encargado de acomodar los cuerpos, uno sobre otro:

—¿Cómo que están vivos?

—Sí, coronel, moribundos, pero todavía respiran. Tienen los ojos húmedos y se estiran como pollos desnucados.

Nada conmovió al coronel para suspender la orden. Ahí iba, en medio de los cuerpos ensangrentados. Unos llevaban los sesos de fuera y otros respirábamos en la apretada agonia. El rímero de cuerpos sobre cuerpos provocaba el final. Ya no se moría de dolor o de locura, sino de asfixia. Hasta los muertos se volvían a morir por el peso insoportable.

Estábamos confundidos. Cuando perdimos la razón éramos ribereños cansados por tratar de salvarle la vida a los heridos del mesón convertido en hospital. No sabíamos por qué nos conducían en un camión de materiales hacia un destino nunca esperado; tampoco de la presencia de los militares. Ya no se distinguían los muertos y los heridos de la masacre de los ribereños pacíficos, culpables tan sólo de socorrer al prójimo, sin importarnos si eran ribereños pintos o empleados fuereños de las constructoras. Pero íbamos todos al desfiladero.

El camión empezó a moverse lentamente. Se sentía el olor a gasolina mezclado con el tufo de los cuerpos.

—¡Llévenlos al final del borde! ¡Ahí los arrojan para que se entierren solos! —Era el coronel, que daba la última orden al conductor. A los pocos minutos empezamos a escuchar una suave melodía que se expandía desde la cabina del camión, único consuelo de los soldados que añoraban tierras lejanas y recordaban sus amores, mientras en el rímero sangrante apenas se respiraba, con mucho miedo a la muerte:

Vivir en el mundo
con una ilusión
es loca esperanza,
sufre el corazón.

... Para nosotros, los arrimeros, ya no existía, no había esperanza, ya no había ilusión. Era el final, por más que la voz tierna y sensual de la cantante María Victoria tratara de disipar las penas del aprieto en que nos encontrábamos. Luego vino un comercial, y luego otro. Yo sentía agotada la respiración; hacía un esfuerzo por vivir; trataba de quitarme de encima todo el peso de los muertos y agonizantes.

—Ya llegó, ya está aquí: fútbol México 70! —Los dos soldados de la cabina gritaban emocionados por el próximo acontecimiento deportivo que se realizaría en el país de las mil maravillas. La radio repetía el mismo comercial hasta el cansancio. Así estuvimos, escuchando una y otra vez la sarta de propagandas comerciales y políticas en medio de tanta sangre, olores fétidos y uno que otro respiro de cristiano medio vivo. Hasta que, por un milagro de los dominicos o de los resucitados, se escuchó un sonido de destrabe. Era la tapa de la góndola; con tanto peso y lo apretado del rímero de cuerpos, había ido alojando sus tornillos hasta quedar totalmente sueltas sus cadenas. Escuchaba cómo caían uno a uno los cuerpos mientras el camión seguía su curso. Yo esperaba mi turno, desesperado. Intentaba zafarme de la prensa humana, pero no me era fácil. Luchaba para conseguir mi única oportunidad de escapar. Después todo sería inútil. Rodaron los cuerpos que traté encima; como pude, me incorporé con las extremidades entumecidas, dando un salto que me hizo rodar entre el polvo de la terracería y las ansias de vivir.

Con el cuerpo desgarrado, llegué a la sombra de un árbol de mulato. Había cumplido mis dieciséis años y ya me enfrentaba a mi primer acto de sobrevivencia. Con sus hojas frescas trataba de detener la sangre que me vertía por todas partes. Me fui tranquilizando hasta cobrar la calma hecho un guñapo.

Al finalizar el terraplén, el chofer realizó las maniobras de reversa, sin comprobar al menos de reojo cuántos cuerpos traía; de un solo impulso jaló la palanca e hizo rodar los cuerpos a las profundidades del Crijalva. Yo los observaba a pocos metros. De regreso, los vi pasar y supe que el destino me hacía renacer.

*

Llegaron en la madrugada, con sus bayonetas llegaron; con sus uniformes verdes jaspados como hojas secas y cascos protectores. Se bajaron del cañón a una voz de mando, y todos en fila con el arma en mano marcharon para ocupar sus puestos estratégicos. Antes que saliera el sol sonaron dos disparos de aletta, y sin perder tiempo se lanzaron sobre las casas que aún quedaban en pie para rociarlas de balas hasta destruirlas en pedazos diminutos. Activaban sus granadas y provocaban grandes explosiones inútiles, pues las pocas casas estaban vacías; solo el mesón albergaba a los locos de cansancio, cuatro heridos convalécientes y los muertitos perdidos entre lienzos de sábanas.

A lo lejos, rumbo al cerro, se veía la luz tenue del quinqué en la choza de Tula, la hechicera del pueblo, única incredula de los dominicos con sus santos y de los resucitados con sus llantos, cánticos y risas de alabanza. Dicen que era mala

con quienes le hacían daño: les daba una pócima para convertirles las tripas en gusanos o enterraba en el cementerio muñecos con alfileres cerca del corazón para que se murieran o se quedaran faltos de amor. Las curas de Tula para conseguir quereres, para que le fuera mal al vecino, para el mal de ojo y para sacar y meter sapos en la panza le habían dado tal fama. Todo cristiano bien nacido se alejaba de su camino. Agachaban la cabeza cuando se la encontraban y rezaban el *Yo pecador* para evitar los efectos de sus malas intenciones.

Los soldados, en dos minutos, cercaron el jacal lanzando bolas de fuego. En segundos el infierno abierto consumió los hechizos de la mujer: no hicieron efecto sus trenzas de ajo con moños rojos, la mata de sábila en la gotera del jacal, las ramas de hierbas aromáticas y no sé cuántos amuletos protectores de las malas sombras. Tula ya no estaba. Se había arrojado al río desde la Peña más alta, como sus antepasados, cuando escuchó acercarse a sus verdugos.

Al pasar por el mesón la oscuridad reinaba. Daba la impresión de que no existían más almas en pena. Lanzaron sus descargas hasta abrirle boquetes a las láminas de zinc. Fue cuando volví en mí y miré a los muertos de cerca, sentí sus olores y les vi el semblante de desesperación apenas empalidecidos. Sentí de nuevo la muerte. Cuando se fueron apenas ni volvíamos a la vida. Estábamos tan débiles y asustados que de nuevo nos perdimos en el desmayo, hasta despertar en la góndola del cañón apretado por muchos cuerpos, respiraciones asfixiantes, sesos escurridos y manantiales de sangre. Ibamos a mezclarnos con el polvo del terraplén en las profundidades del Crijalva. Pero presentía que el destino no se terminaba en la tierra de nadie, y busqué fuerza de no

se donde para zafarme del final, apretado por el cuerpo y el miedo a perder la dignidad.

Apoiado en el tronco del árbol de mulato me ayude a detener mi rodaje forzoso; me incorpore, cubierto el rostro con hojas frescas para calmar el ardor de mis heridas. Como pude me adentre en el cerro cubierto de hierbas. Sólo trataba de huir de las máquinas ruidosas, del vacío que provocaba en mí ver la destrucción de la tierra de origen; quenta correr a no sé dónde para terminar con el marasmo de una vez por todas. Estaba hecho un Cristo y la pendiente era cada vez más inclinada.

No sé cómo llegué hasta la choza de Lauro Santana. Ahí estaba, afilando su machete para cortar el junco y así tejer y entretelar las paredes de su casa. Junto a él, su perro; éste empezaba a anunciar mi llegada. Gran asombro le causó mi presencia. Saltó y de un solo impulso Lauro se puso de pie con machete en mano.

—Ejel —le dije—. Calma, no soy de los otros, soy ribeño. Los de allá, ahí se quedaron con lo nuestro, no paran en abrirte las entrañas. Hasta las montañas ya les hicieron tremendos agujeros. En el cementerio han anticipado la resurrección de los muertos. Ya no existe la tierra de nadie; más bien, nunca existió. Anduvimos entre pleitos y rencores por todo. Nunca tuvimos sosiego, nunca tuvimos la tierra, hasta que llegaron las gentes del gobierno y acabaron con las ganas de vivir. Todo por la maldita presa. Todo por el progreso.

Lauro Santana bajó lentamente el machete y me hizo sentarme en el banco del pequeño corredor. Tomó su jicara con agua y antes de darme de beber remojó unas hojas

recién cortadas y me lavó con ellas las heridas. Luego fue a una esquina y bajó de un horcón su morral viejo, donde tenía un polvo negro. Se acercó de nuevo y empezó a aplicármelo hasta dejarme color carbón.

—Es el tepescohuite —me dijo— dentro de pocos días cambiarás de piel y hasta los rencores se te olvidarán.

Con muchas carencias, dadas las condiciones de exterminio en que nos encontrábamos, nos mantuvimos un año más viendo desde lo alto cómo se abrían los túneles. Las explosiones provocaban centenares de muertos en medio de los escombros por cada boquete perforado. Las noches se iluminaban de bengalas, acompañadas de movimientos telúricos turbulentos. Las veinticuatro horas se trabajaba para destruir los recuerdos y dar paso al progreso. Por las tardes, ya para entrar la noche, salíamos al peñasco más alto del río grande a buscar en la claridad lunar un poco de calma, ante la muerte súbita de la ribera. Seguíamos la dirección del viento mientras contábamos los astros. La luna nos enseñaba sus periodos rotativos. Lauro Santana me indicaba las fechas de los cultivos, de la caza y de la siembra de los árboles, sabiduría que hoy yace en la profundidad de las aguas para dar paso a la ciencia, esa bestia apocalíptica que llegó para quedarse en las manos de los poderosos. Todo se destruyó en nombre de la civilización.

Las horas se hacían cortas. Permanecíamos absortos con la mirada fija rumbo al gran cañón. Las plantas silvestres y las distantes aguas nos servían de desagradio con la vida, con el pasado y con el Dios de los olvidados. La mente se esparcía hasta encontrar el silencio como única pócima de alivio momentáneo.

Lauro Santana llegó al filo de la tierra de nadie, después de pagar su condena en las islas Marias. Con la punta de su navaja le quitó la vida a su patrón, el finquero Vicente Zárate, a quien encontró revolcándose con su mujer en el corral de las gallinas, no satisfecho con haber violado a su única hermana dos meses antes. Como él decía: "Ya lo traía entre ojo y ojo, pero la perra de mi mujer le apresuró el destino". Cuando llegó a la ribera se fue a vivir muy lejos del poblado. No quería saber de nadie; sólo la soledad de las montañas curaba sus penas y recuerdos. Hasta que un día los mensajeros de la fatal hidroeléctrica acudieron a decirle que tenía que irse o las aguas lo ahogarían. Sorprendente fue la frialdad del mensaje. Nosotros ya no contábamos siquiera para ser tratados con un mínimo de respeto.

Las aguas subieron sin límite y había llegado la hora de abandonar la última choza.

Desde el día del mensaje, Lauro Santana estuvo como loco. No pronunció palabra durante el día. Derribaba los árboles y le torcía el pescuezo a gallinas y guajolotes. Le dimos machetazos a su fiel perro, y se fue al peñasco del río grande para no volver jamás. Quise seguirlo, pero presentí que mi camino era todavía más largo.

Ahí estuve hasta el día en que las máquinas empezaron a bordear el cerro y ya no tuve fuerzas para esperar el derribo del jacal.

El sol de las tres de la tarde pegaba con mayor intensidad. El montículo que aún sostenía el jacal en pie se diluía con la humedad. El agua circundante hacía derramar toneladas de tierra permanentemente. El suelo se agrietaba y pronto se desmoronaría el último refugio. Llegué hasta la orilla del

agua cuando todo estaba perdido. La desolación era compaña del oleaje. No tuve otra salida, me sujeté de un tronco, días antes expulsado de la presa; como pude me arrojé a las profundidades. Poco a poco me adentré a lo desconocido. Fue cuando conocí el miedo de estar solo. Mis pies se entumían y la fatiga pronto se apoderaba de mí. No miraba hacia atrás para no medir la distancia; ya era preso de la desesperación. Nunca había visto tal cantidad de agua almacenada. A mis años, conocía el mar en los relatos anecdóticos de mi madre y las profundidades las había sentido en el cauce natural del río grande. Avancé y mi decisión hizo surgir la calma. Al interior había un sinnúmero de aves de todos los colores y tamaños que sobrevolaban inquietas en busca de comida o la rama de un árbol para descansar. Hasta el más pequeño gajo era motivo de violencia en las angustiadas ganas de vivir; otrora, estas mismas alegraron la selva y los bosques de la ribera. Más adentro, el olor pestilente: miles de animales de diversas especies flotaban putrefactos. No había otra manera de alejarse más que oliéndolos de cerca para no olvidar que un día existieron.

Pasé varias horas con la vista hacia el frente para no chocar con los animales muertos y los inmensos árboles que eran arrasados por el agua. Me esforcé por no mirar hacia atrás, pero me ganó la ansiedad y el miedo. Ahí estaba Lauro Santana con su sombrero en mano. Con la mano derecha en alto se despedía de mí; me deseaba con sus gestos que llegara al final de la tragedia para que un día las nuevas generaciones conocieran los cimientos del progreso, el sacrificio de quienes apagaron la voz y sellaron sus libertades para siempre. Era el único sobreviviente, por eso Lauro Santana re-

gresó de la eternidad para decirme adiós a lo lejos. Ese adiós mensajero del coraje y de la impotencia propio de los ribereños. Cuando volví a ver de frente, el agua era cristalina. Se escuchaban las campanadas de la iglesia de la pecadora¹ y los cánticos gregorianos, plegarias vanas para el oído de un náufrago, me dieron un segundo de paz interior.

Pequeñas embarcaciones con muchas velas encendidas llegaron hacia mí. Fue cuando supe que no había pasado nada, que todos los ribereños estaban vivos. Se acercaron en filas con sus embarcaciones, mientras otros flotaban en tapetes de tierra sin apagar la luz de la esperanza. Alguien irreconocible salió de su pequeña embarcación; dándomela y cediéndomela se fue a pasos lentos sobre el agua. De espalda pude reconocerlo cuando se quitó la cabeza del cuello y la llevó entre sus manos: era el ingeniero degollado por la maldita presa.

Me acomodé en la embarcación de la eternidad. Estaba cansado de la vida, de los dos días y tres noches de flotar en las aguas. Su interior era cómodo, bien acoginado, con dobleces de raso blanco y un olor a silencio que me permitió olvidar mi existencia.

En el embalse de Apic Pac la algarabía se escuchaba por todas partes. Los cohetes lanzaban desde el cielo sus luces multicolores, al final se conjuntaban formando el rostro de un hombre

¹ El autor se refiere a la iglesia de Santa María Magdalena de Quechala. Amin que la Iglesia católica no se pronuncia de este modo, la tradición occidental identifica popularmente a María Magdalena con el apelativo eufemístico de "mujer pecadora". N. del e.

de frente amplia y semblante duro. Las marimbas ejecutaban los sones regionales y las muchachas bailaban vestidas con sus trajes típicos, con sus jicalpestes llenos de pétalos olorosos y el confeti que no podía faltar en ese día de importancia nacional. Se trataba de la gira política del próximo presidente de la república y la alegría se desbordaba. Atrás habían quedado los ribereños con sus rencores y el deseo de vivir en la tierra que los vio nacer. Atrás la selva convertida en árboles monumentales que apenas dejaban ver sus copas, resistentes a derribarse con sus hojas secas en el otoño eterno.

Los políticos vestían blancas guayaberas. Querían limpiar las impurezas del candidato. Al parecer habían sido confeccionadas en serie para dicho evento. La pulcritud inundaba a los presentes junto con las frases hechas y los discursos en mano.

Cerca del área adornada con palmeras traídas desde la costa chiapaneca, papel picado y gallardetes con la fotografía del candidato y los escudos de su partido "único", con sus tres sectores, sobrevolaba una parvada de zopilotes. No se alejaban, por más esfuerzo que realizaban los encargados de la logística.

—Alejenlos como puedan —ordenaban los jefes—. No vayan a traer mal agüero para el candidato. Dicen que si te pasan por la cabeza te mueres pronto o te va mal para toda la vida. No vaya a ser que la presencia de estas aves de rapiña traiga malos augurios para el país.

Ahí, entre los peñascos, yacía el cuerpo de un joven hemidesnudo. Tenía las manos aferradas a un tronco de guarumbo, el rostro empaldecido y las uñas moradas. Los tamborileros lo encontraron y asustados corrieron a avisar.

Los llevaron hasta los peñascos y ahí los dejaron para que sonaran sus tambores y soplaran el pito cuando a lo lejos vieran acercarse la lancha escolada por los militares, señal de que el candidato se aproximaba. Acostumbrados como estaban a tocar sus instrumentos en los rezos del pueblo, les era extraño ser parte del recibimiento de un personaje. El candidato necesitaba ver y sentir las expresiones de la cultura popular. Pronto sería como un dios, y desde ese día a los tamborileros les daría igual acompañar a los santos patronos de la iglesia que a tan celestial personaje. Muy pronto los asistentes al acto querían estar cerca de él, tocarlo; saber que era de carne y hueso.

—¡Está bien tieso! El muchacho está bien tieso —decía Chon a los asistentes, entre palabras cortadas y la fatiga que no lo dejaba expresar su asombro. El carrizo se le rompió al tropezar entre las rocas, apurado en dar la noticia del hallazgo.

—Ni que fuera tanto, Chon —le dijo uno de los ayudantes de político del pueblo—. Ya ves, hasta el carrizo rompióte por tu apresuramiento. Mira nomás cómo alebreastaste al gentío, hasta creen que ya trajiste la noticia de que se acerca el mero mero. Déjalo, los muertos ya no hablan.

La bola se armó alrededor de la roca para ver el cuerpo. Nadie quería tocarlo por temor a las enfermedades de la región. Un viejo gordo y corpulento se acercó hasta el para tomarse el pulso y apretarle el tórax. Chortros de agua le salían hasta por los poros.

—Este muchacho ya pasó a mejor vida —dijo, y las sirenas de las lanchas empezaron a sonar.

—¡Déjenlo! —gritaba alguien entre tanta gente—, ya llegó el candidato y no estamos en el templete para recibirlo. ¡Déjenlo, que el muerto, muerto está! Debe ser uno de tan-

tos locos que andan desperdigados por el pueblo y que hoy quiso sentir la alegría de recibir a tan ilustre personaje.

De un instante a otro todos se acomodaron en sus respectivos lugares, mientras el candidato esperaba que todo estuviera en orden para su entrada triunfal. Era un alboroto; entre jalones y empujones todos querían ver y tocar al futuro presidente. Las dianas y el confeti afloraron hasta cubrir el rostro del político y de sus acompañantes. Ya instalado en el templete, los discursos se escurrieron en halagos, exaltaciones y compromisos electorales. Los campesinos asistentes, acarreados de lugares lejanos, ajenos a la presa, agradecían la magna obra de ingeniería civil. Según ellos, sería fuente de atracción de las lluvias para que sus cultivos crecieran. No les faltaría el pescado para sus familias y hasta trabajo les daría la Comisión Federal de Electricidad (después de treinta años, sus hijos y sus nietos siguen esperando que se cumplan las promesas).

Detrás de las rocas veía mi realidad. La realidad de los ribereños muertos por defender la tierra de nadie inundada a manos del gobierno. Enorme era la distancia entre las aspiraciones de los pobres campesinos asistentes al acto político, venidos de lejanos lugares, y las ilusiones que un día albergamos los ribereños. Todo estaba terminado. Nada había por hacer. Eran otras la ilusiones, otros los actores y yo, abandonado a mi destino, saboreaba la hiel amarga que produce la pérdida total. Ya no tenía a nadie, ni siquiera un perro que me ladrara. Lloré amargamente como un pequeño olvidado de su madre.

A escasos cien metros, la fiesta de los discursos seguía en su apogeo.

*

—Vamos por el camino del progreso. Esta presa hidroeléctrica de Raudales Malpaso que tenemos a la vista es muestra fiel de que los pueblos que conformamos el tercer mundo estamos en la vía correcta para salir del subdesarrollo. Y arriba y adelante, que vamos por el camino correcto que un día soñaron los héroes que nos dieron patria. —El candidato lanzaba sus proclamas para ganar el voto de los asistentes, o más bien para legitimar el voto fraudulento y así llegar a Palacio Nacional.

Ya era demasiado tarde, cualquier palabra me sonaba hueca, más si venía de quien dos años atrás no se tentó el alma desde la Secretaría de Gobernación para destruir la tierra que nos vio nacer. Desde la llegada de los resucitados con sus antropólogos del Instituto de Verano, bien planeado que tenían cómo exterminar al pueblo de Quechula y sus alrededores. Ahora veía coronada su victoria, no sólo con la obra terminada, sino con el premio que le permitiría ser el dueño absoluto de la nación por seis años.

—Les prometo que no serán candil de la calle y oscuridad de la casa, porque todos tendrán luz eléctrica en sus viviendas, por muy humildes que éstas sean. Las mujeres ya no tendrán que lavar la ropa en las piedras del río. Ahora tendrán sus lavadoras y planchas eléctricas. Ya no se levantarán a moler en el metate, porque pronto tendrán molinos y tortilladoras eléctricas. Toda la familia estará unida. Juntos, arriba y adelante, aprenderemos a leer y a escribir. Los niños crecerán robustos alimentándose con buen pescado, porque ya llegó el progreso y nadie vendrá a decirnos lo que tenemos que hacer con nuestros connacionales...

Me dolía más que la muerte escuchar tantas palabras vanas. El abandono me llevó a levantarme y tratar de buscar a

dónde ir. Caminé más allá de las rocas, por el camino de los olvidados. Iba sin rumbo y sin ilusión. Sólo quería olvidarme del pasado. Era un muerto viviente que un día tuvo una esperanza y ésta ya no existía. Seguí el camino de la eternidad hasta llegar al cruce de los cuatro vientos. Perdido en el tiempo, comprendí que era un alma en pena que se resistía a dejar la tierra de nadie bañada por las profundas aguas del Crijalva.

•

Al pasar el umbral de la eternidad, se oyó la voz de los miserables ribereños:

Justicial Justicial Justicia reclamamos!

Pero ni siquiera el cielo ha querido escucharnos.

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Rafael Tovar y de Teresa
PRESIDENTE

Francisco Cornejo Rodríguez
SECRETARIO EJECUTIVO

Saul Juárez Vega
SECRETARIO CULTURAL Y ARTISTICO

Antonio Crestani
DIRECTOR GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

•

GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS

Manuel Velasco Coelho
GOBERNADOR

CONSEJO ESTATAL PARA LAS CULTURAS Y LAS ARTES DE CHIAPAS

Juan Carlos Cal y Mayor Franco
DIRECTOR GENERAL

Susana del Pilar Utrilla González
COORDINADORA OPERATIVA TÉCNICA

Marco Antonio Orozco Zuarrh
DIRECTOR DE PUBLICACIONES

- La edición estuvo a cargo de la Dirección de Publicaciones del CONECTIVA-Chiapas y la impresión fue auspiciada por el CONACULTA, gracias a los subsidios para instituciones estatales de cultura del Presupuesto de Egresos de la Federación.
 - Corrección de estilo / Mario Alberto Bautista
 - Diseño / Mónica Trujillo Ley
 - Formación electrónica / Mario Alberto Palacios Álvarez
- *Tierra de nadie*
 - se terminó de imprimir en enero de 2016 en Talleres Gráficos de Chiapas, en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez.
 - Los interiores se tiraron sobre papel cultural de 90 kg y la portada sobre cartulina *couche* de 169 kg. En su composición tipográfica se utilizó la familia Horley Old Style MT.
 - Se imprimieron mil ejemplares.

OTROS TÍTULOS DE ESTA SERIE

Un ángel amansando sus teléfonos

FEDERICA ALONSO MARTÍNEZ
AMANDA DE VALLER

Cuentos y relatos

ANTHOLÓGICA
ERICKO ZEPEDA

Que se halla por ventura

CARLOS GUTIÉRREZ ALPUNZO

El eco del silencio

OSCAR BONRIZ

Fragmentaciones

JOSE FALDÓN

Trilogía

MIMIRÓS BONRIZ

Tierra de nadie es la crónica novelada de la inundación de Malpaso y Quechula por las aguas de una más de las presas que, se supone, ayudan al país a costa del empobrecimiento del estado. Sin embargo, la imagen de sus pobladores no es idílica, no es edenica. No se narra la lucha de buenos contra malos. La maldad existe en los dos bandos. Allí, en el territorio que ahora pertenece a las aguas, habitaban seres humanos de moral sombría, hombres y mujeres enfermos del mal del pinto, almas al borde del vacío, cuerpos empantanados en el placer que no hace distinguos.

HECTOR CORTÉS MANRIJANO

La acción del Estado mexicano, construir presas hidroeléctricas en Chiapas, significó el despojo de tierras; también despojo de memoria. Este pasado, escasamente recuperado por la historiografía local, pervive en la memoria de esos pueblos. Lo que ha hecho la literatura es traerlos a la memoria y plasmarlos en la ficción. Cosa nada fácil.

VLADIMIR GONZÁLEZ RUILORO

De manera similar a lo que ocurrió en la conquista de América y durante la Colonia, en *Tierra de nadie* la religión católica y después la evangélica de los norteamericanos sirven como instrumento de dominación. Pero, a diferencia de éstas, aquí se presenta una fuerte disputa, ya no entre la religión de los amerindios y la de la Iglesia, sino entre dos tendencias religiosas. Las dos buscan "ganarse las almas" de los zoques originarios de la región del río Grijalva, lo que las lleva a manifestar un profundo odio mutuo, aun perteneciendo las dos a la raíz del cristianismo originario. Lo que esta brillante novela nos muestra es cómo estas expresiones religiosas realmente buscaban satisfacer intereses puramente materiales.

CLAUDIA ADELAIMA GIL CORRETOR



LA CONACULTA

8 CONACULTA
CHIAPAS



CHIAPAS GOBIERNO DEL ESTADO
CHIAPAS GOBIERNO DEL ESTADO